



ÉPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 26.—Madrid 15 de Setiembre de 1888

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*Quiero y no puedo*, por Blas.—*Grabados*.—*El supuesto salvajismo del hombre primitivo*, por X.—*Diagnósticos y pronósticos acerca del cólera*.—*Discurso pronunciado por Mons. Mermillod acerca de cuál debe ser la acción de la Iglesia en la situación actual de las clases obreras* (conclusión).—*Las bodas de oro de la Sociedad de San Vicente de Paul en la Habana* (continuación).—*Conocimientos útiles*.
GRABADOS.—*Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. José Martín de Herrera y de la Iglesia*, arzobispo de Santiago de Cuba.—*Paísaje de Otoño*.—*Salida de Cristóbal Colón del puerto de Palos*.—*Ruinas de Babilonia*.

REVISTA

El gran historiador César Cantú ha dicho que será más difícil á los futuros historiadores escribir con acierto la historia de nuestra época, consultando los innumerables periódicos que diariamente salen de todas las prensas del mundo, que lo es hoy el escribir la de los siglos medios sin otras fuentes que las crónicas incompletas y desaliñadas de aquel tiempo, tan parco en consignar los hechos y tan avaro de noticias y de palabras. Y en efecto; nunca se ha visto más oprimida la verdad que en estos tiempos de libertades omnímodas; nunca se ha visto más oscurecida que en este siglo de las luces; nunca, en fin, se ha sabido menos lo que pasa en el mundo que ahora que existen innumerables medios de investigación y de propaganda.

¿Puede haber asunto que más nos interese á todos averiguar que la existencia y desarrollo del cólera en España? Pues si bien se repara, si con recelo y atención se sigue la serie de noticias que acerca de este triste suceso se publican en la *Gaceta* y en los periódicos, resultará que apenas sabemos lo que pasa, porque no hay dos noticias que concuerden ni una concordancia que satisfaga.

La política por una parte, el interés comercial por otra, el egoísmo de unos, la informalidad de otros, de tal manera revuelven y barajan las noticias, que las hay para todos los ánimos: para los pesimistas y para los optimistas; para todas las opiniones: la republicana y la monárquica; para todos los juicios: los más sensatos y los más absurdos, pudiéndose negar y afirmar todo con la autoridad de noticias publicadas, y aún más con las que sólo corren de boca en boca.

¿Qué relación puede haber entre el cólera y la política? Prescindiendo de las alegóricas, y ateniéndonos estrictamente á la realidad de los hechos, hay muchos periódicos que afirman que el Gobierno ha ponderado la gravedad del mal para evitar el viaje regio á las provincias vascongadas. Esta simple suposición tratándose de hechos,

por desgracia, tan patentes y notorios como son los relativos á una epidemia mortífera, demuestra la confianza que debe inspirar el criterio público en estos tiempos, pues se le cree susceptible de pasar por tales engaños, que repugnan al sentido común, y á las inteligencias más vulgares. ¿Con qué es posible, á pesar de la notoriedad de un suceso de esta clase, de los innumerables medios de averiguación que hoy existen, de la facilidad de las comunicaciones, de la difusión de las noticias, etc.; con que es posible, repetimos, en estos singulares tiempos, que un Gobierno, para realizar un plan político bueno ó malo, digno de aplauso ó de censura, que esto nada importa, llegue á hacer creer á una nación entera que existe el cólera donde en realidad no se conoce? Pero, señor, ¿qué tiempos son éstos tan disparatados y tan absurdos en que caben estas hipótesis, y se admiten, y corren, y se creen á ojos cerrados?

¿No es hipótesis? ¿Es realidad evidente y palpable? Pues tanto peor. ¿Qué sociedad es ésta que, á pesar de sus ínfulas de independencia, cae cándida ó neciamente en engaños tan fáciles de desvanecer y en supercherías tan absurdas y disparatadas? ¿De manera que hemos de creer que no hay cólera

en España, que todo es invención del Gobierno, que se está representando una gran comedia, ó más bien una pavorosa tragedia, en la cual las víctimas hacen su negocio al hacer su papel, los muertos resucitan y las catástrofes se truecan luego en jácaras y festines?

¿De qué nos sirven los vuelos de la inteligencia emancipada; de qué los medios de comunicación; de qué el telégrafo y la prensa; de qué el movimiento universal de estos tiempos para la averiguación de la verdad, para sustraernos á las caídas del error, para asentar nuestro juicio sobre las sólidas bases de la evidencia?

Sea suposición, sea realidad, sea hipótesis, sea un hecho, la verdad es que no honra mucho ni favorece mucho al criterio de nuestra sociedad esta relación que se dice existir entre la política y el cólera.

De las demás relaciones hablaremos en párrafo aparte.

No estamos porque se tenga miedo al cólera: este miedo nos parece absurdo; lo que admitimos, lo que aceptamos, lo que aplaudimos con toda la fe de nuestro entendimiento, es el temor de Dios.

El cólera es un misterio que hiere y mata; el Señor se ha reservado hasta ahora la naturaleza íntima de este ejecutor de su justicia. Ahora bien; discurremos como cristianos: Dios *sabe* mejor que nosotros lo que nos conviene, porque es infinitamente *sabio*; quiere para nosotros lo que más nos conviene, porque es infinitamente *misericordioso*; puede, en fin, darnos lo que más nos conviene, porque es *todopoderoso*; luego el cólera, cuyo origen, cuya acción y cuya potencia dependen de la sabiduría, de la voluntad y del poder de Dios, no debe mirarse como una fatalidad que nos persigue, sino como un agente de Dios que viene á cumplir entre nosotros los designios de su Providencia.

Claro está que la carne flaca y grosera se ha de sublevar contra este raciocinio; pero el criterio de la carne no sirve para resolver ninguno de los problemas de nuestra vida, ni mucho menos para desentrañar el del cólera, que permanece cerrado á sus ojos é inaccesible á su alcance aun al través del microscopio y de la luz eléctrica.

No hay, pues, que temer al cólera; hay que temer á Dios, y temer á Dios significa temer á su justicia, y temer á su justicia es temer á los pecados que la provoquen, como temer al patíbulo debe equivaler á temer al crimen que lo levanta.

Por desgracia, no son éstas las ideas que prevalecen; al contrario, mientras se desviven las autoridades por establecer cordones sanitarios y lazaretos, se deja á la iniciativa de la Iglesia el disponer rogativas, como si el Estado no tuviera absolutamente nada que pedir á Dios y descansase toda su con-



EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MARTÍN DE HERRERA,
Arzobispo de Santiago de Cuba.

fianza en los medios materiales de preservarse de la peste.

En otras épocas, los Gobiernos han sido los que han impetrado las oraciones de la Iglesia contra el rigor de las calamidades públicas; ahora las cosas se miran de otro modo, y el Estado, haciéndose cómplice de un ateísmo práctico, ni pide ni rechaza las oraciones de la Iglesia; mira con indiferencia ese medio de combatir el cólera, siendo así que es el más eficaz, y se cuida sólo de los ineficaces recursos de la higiene preventiva, sujeta á mil dudas que sustentan sus mismos doctores.

Claro está que las autoridades civiles no han de meterse en las sacristías á disponer las rogativas; pero las autoridades civiles pueden y deben seguir en este punto la conducta de los médicos de conciencia, los cuales, cuando observan que un enfermo se puede ir de sus manos, aconsejan á la familia que impetre los auxilios de la religión.

Buena falta nos hacen ahora para conjurar el peligro de la invasión colérica, pues la experiencia está demostrando que el cólera hace muy poco caso de los cordones sanitarios, frágiles barreras para contener el ímpetu de sus ataques cuando carga con fuerza.

Hasta ahora *parece*, pues no podemos hablar de otro modo, que en España no se desarrolla en grandes proporciones. Sin embargo, lo que sucede en Italia, y sobre todo en Nápoles, debe hacernos estar apercebidos.

Mucha higiene en las ciudades y en las casas; pero más higiene aún en los corazones.

La oración es el pararrayos de la divina justicia.

Hemos dicho que el cólera no debe inspirar terror; pero nunca podremos aplaudir que los que lo miran de lejos lo tomen á risa.

Y sin embargo, tal es la frivolidad y estultez de nuestra sociedad incrédula que saca partido para reírse hasta de las calamidades públicas. Un periódico recogía estos días una sarta de chistes publicados en otros varios acerca del cólera, que eran capaces de hacer llorar á unas castañuelas. ¿Qué se diría de un reo que condenado á muerte, y amenazado con una ejecución próxima, tomase á chanza los instrumentos del patíbulo, se pusiera á jugar con el verdugo y saludase la muerte como una broma de la Justicia? Se diría que estaba loco, y se buscaría en esta calificación medio hábil de explicarse una aberración del corazón humano.

Tomar á broma la invasión colérica, sea cualquiera el país invadido, arguye una falta grave de sentido moral; pero reírse de esta calamidad cuando la tenemos á las puertas de casa, es una aberración de corazones corrompidos que frisa con los límites de la locura ó de la barbarie.

La cosa es bastante seria, como ahora se dice, para tomarla á broma.

Ni aterrarse hasta la desesperación, ni confiar hasta la locura.

Con ocasión de las precauciones adoptadas por las autoridades contra el cólera, se ha visto surgir un sistema de autonomía provincial y local que ha merecido el título de *cantonismo sanitario*.

Cada gobernador, cada alcalde, ha dispuesto por sí y ante sí el acordonamiento de su provincia ó de su término municipal, resultando de aquí una verdadera federación, compuesta de multitud de cantones independientes. Este movimiento de concentración, este espíritu de localidad para la defensa contra el cólera, por lo mismo que ha sido inspirado por el instinto de la propia conservación, nos da la norma de cómo debe obrarse contra otra invasión peor y más contagiosa, contra la influencia de la revolución moderna, que es más pestilente y mortífera que el cólera morbo. Que cada individuo se aisle del mal de sus convecinos, que cada pueblo se defienda contra el veneno de sus compatriotas, que cada nación se acordone contra el estrago de países extraños, y se habría salvado la sociedad del contagio de la demagogia.

¡Ah! Si los pueblos desplegasen contra las pestes morales la actividad y el celo que despliegan contra las materiales, que sólo matan los cuerpos; si el miedo que tienen al cólera lo tuviesen á la Revolución, ¿qué temor podría infundirnos el socialismo que nos amenaza y la anarquía que quiere devorarnos?

Nuestros padres, siguiendo las enseñanzas de la Iglesia, pedían al Señor que los librara de todo mal, de todo pecado, de la muerte eterna, etc.; nosotros hemos reducido todas estas preces á una sola: á que nos libre de las enfermedades y de la muerte física para tener más tiempo de ofenderle.

La impiedad, ¿qué importa? Si el ser católico garantizase por largos años la vida presente, no habría

un impío en estos tiempos; pero la vida eterna... es poca garantía para que tenga á raya sus pasiones una sociedad de epicúreos.

Así vivimos como las bestias, regidos por el instinto de propia conservación. Hemos renunciado á más *altos ideales*. Guardar el pellejo es el imperativo absoluto de nuestra moral.

Y sin embargo, el diablo se burla de nosotros provocando innumerables suicidios, y las pestes, las guerras, la miseria, redoblan en estos tiempos sus medios de ataque y multiplican el número de sus víctimas!

Madrid va á recobrar este año muy pronto la animación de invierno. Las compañías teatrales, adelantándose á la estación, han anunciado ya el plan de su campaña próxima, convencidas sin duda de que, aun viniendo el cólera, siempre habrá gente dispuesta á divertirse.

A juzgar por los anuncios que cubren las esquinas, este invierno habrá muchos teatros de toda clase de espectáculos, desde el baile flamenco hasta la dramaturgia clásica. Sin embargo, desde ahora puede afirmarse, á vista sólo de los anuncios, que de tantos teatros y compañías no saldrá ni un rayo de luz para el verdadero teatro nacional, que yace en vergonzosa decadencia. Han muerto Harzensbuch, Ayala, García Gutiérrez; ¿y quién los ha sustituido?

El Parnaso no es ya un bosque florido, como lo contemplaron nuestros padres; es una dehesa donde pastan y engordan unos cuantos borregos, que hacen su agosto mientras sus admiradores hacen el oso. En este rebaño hay de todo: autores, actores y empresarios; lo único que falta es un pastor que les sobe la badana.

Los teatros han salido ya de la jurisdicción del arte para guarecerse en los dominios de una industria que no puede nombrarse. Complacer al público corrompido para enriquecer á empresarios codiciosos. Hé aquí el código actual de las musas.

Por eso nuestra ILUSTRACIÓN, á pesar de sus aficiones literarias, se ocupa poco en teatros. Contra la pestilencia de tales espectáculos, el mejor sistema es el aislamiento y las fumigaciones. Anuncia ahora la invasión teatral, como puede hacerlo de la colérica, y es posible que en muchos meses no vuelva á remover esos pantanos, de donde se desprenden miasmas corruptores que desarrollan una enfermedad gravísima: el paludismo de la sensualidad.

¡Cuántas víctimas ocasiona! De seguro más que el cólera morbo, aunque sus estragos no sean tan ruidosos ni ponderados.

Van apareciendo en Madrid de día en día, ó más bien de noche en noche, nuevos faroles de luz eléctrica, que eclipsan en su alrededor los mecheros de gas, especie de lamparillas de aceite que parecen estar agonizando. Ya no son solos la calle de Alcalá y la Puerta del Sol los lugares favorecidos; tenemos luz eléctrica en la calle del Príncipe, en la de Carretas, en el Caballero de Gracia, y hasta en la Corredora de San Pablo y en el Horno de la Mata.

A decir verdad, la luz es clarísima pero excesiva. Disfrutar durante el día de la deslumbradora claridad del sol, y de noche gozar de la luz vivísima de los focos eléctricos, es tener la vista en una actividad, en una tensión continua que por fuerza ha de cansar nuestros ojos, á los que Dios puso puertas para demostrar que debían guardarse y necesitaban reposo.

En estas grandes ciudades, donde se vive casi tanto de día como de noche, el abuso de la vista es incesante; y ya que de noche haya de sufrir largas horas de luz artificial, convendrá que no sea tan intensa como la del día para que la actividad del órgano visual no sea tan constante. Esto parece de sentido común. Todo lo que sea querer trastornar el orden de la naturaleza, sabiamente ordenada por su Criador, parece que ha de ser funesto para el hombre, á cuyo servicio puso el Señor todo lo criado. Ni el día puede ser noche, ni la noche día, ni la tierra un edén, sin que el hombre sufra las consecuencias del cambio; pues en nuestro estado actual es preciso, queramos ó no, que probemos todas las consecuencias del pecado.

Cuanto más progresa la sociedad en las cosas materiales, tantos más peligros se levantan contra la vida del hombre. No hay ventaja que no traiga consigo un peligro; por eso decía el antiguo refrán: «No hay atajo sin trabajo.»

La luz eléctrica es hermosa, tan hermosa que tiene el peligro de dejarnos ciegos.

En el pueblo nuevo de la Concepción, próximo

á esta Corte, en la carretera de Aragón, existe, gracias á la piedad y munificencia de un católico ejemplar, el Sr. D. Rafael Alvarez y Aranda, una preciosísima capilla dedicada á Nuestra Señora de Lourdes. El día 14 del corriente, fiesta del Dulce Nombre de María, se celebrará la función que todos los años le dedica el fundador, en la cual despliega toda la solemnidad y devoción posibles, con gran edificación y fruto de aquel populoso barrio. Habrá sermón por mañana y tarde, y exposición todo el día del Santísimo Sacramento.

El ejemplo del Sr. Alvarez y Aranda merece tener imitadores, pues nada hay más abandonado que los barrios extremos ó pueblos nuevos de Madrid.

Que las personas pudientes dediquen su atención á fomentar la piedad en estos barrios, y Madrid entero reportará los beneficios.

No ha de ser todo construir plazas de toreros y corrales de baile; los alrededores de Madrid son acreedores á que se los trate con caridad. Por eso la del Sr. Alvarez y Aranda nos parece tan digna de alabanza y de ejemplo.

Como verán nuestros lectores más abajo, en el primer párrafo de la Crónica, Su Santidad ha dispuesto que se celebre este año, como en el anterior, la fiesta del Rosario. Aunque el mandato es general para toda la cristiandad, á ninguna nación obliga tanto como á España, pues la fiesta del Rosario es, por su origen y por su significación, una devoción española.

Respondamos á la voz de Su Santidad con entusiasmo, para que, siendo los primeros en obedecer, seamos también los primeros en disfrutar de los beneficios del Rosario, al cual están vinculadas insignes glorias de España.

No olvidemos que se han reproducido en Europa los días de Lepanto.

NULEMA.

CRÓNICA UNIVERSAL



A parte dispositiva de la Encíclica que acaba de dirigir Su Santidad á todos los Obispos del orbe católico, dice así:

«Decretamos y mandamos que desde el 1.º de Octubre hasta el 2 de Noviembre, en todos los templos y capillas dedicados á la Madre de Dios, ó en las que designe el Ordinario, se recen diariamente cinco decenas del Rosario y las Letanías; si es por la mañana, se rezarán durante el oficio; si es después de medio día, se expondrá el Santísimo á la adoración, y se verificará la aspersión según las rúbricas. Deseamos que las cofradías del Santísimo Rosario, por todas partes donde las leyes lo consientan, salgan en procesión solemne por las calles haciendo pública procesión de fe.

«Para que la piedad cristiana obtenga las celestiales gracias del tesoro de la Iglesia, renovamos las mismas indulgencias concedidas el año pasado. Por lo cual á todos los que asistieren en los días referidos al rezo público del Rosario y rogaren por nuestra intención, y á aquellos que impedidos por causa legítima hicieran esto en particular, concedemos por cada vez una indulgencia de siete años y siete cuarentenas.

«A los que en el tiempo mencionado practicasen estos ejercicios diez veces al menos, sea públicamente en las iglesias, sea, si hay justos motivos, en el recinto de su casa, y expiadas sus culpas en la confesión recibieren la sagrada Comunión, otorgamos del tesoro de la Iglesia indulgencia plenaria. Y esta misma indulgencia plenaria concedemos á los que en el mismo día de la fiesta de la Virgen del Rosario, ó en alguno de los ocho siguientes, se lavasen de sus culpas y acudieren al celestial convite, y de igual modo orasen por nuestra intención en alguna casa de Dios y rogasen á su Madre Santísima.

«Finalmente, queriendo atender también á aquellos que están dedicados principalmente en este mes de Octubre á las labores agrícolas, concedemos que á éstos puedan ser diferidas las prescripciones y las indulgencias á los meses siguientes de Noviembre y Diciembre, según el prudente arbitrio de los Ordinarios.»

La invasión colérica en Italia está ocasionando muchas víctimas, no sólo de la peste, sino del terror y de la confusión que se ha apoderado de las gentes, que abandonan sus hogares para correr desaladas de un punto á otro, sin recursos, viviendo en el mayor desorden y cayendo enfermas por efecto de tales desventuras. Aunque el rey Humberto, para contrarrestar la impopularidad que siente en su nuevo reino, ora por el elemento republicano, que cada día es más numeroso, ora por el católico, que no puede reconciliarse con él, se ha lanzado á Nápoles, metiéndose en medio de los apesados, esta visita ha tenido más de compromiso que de verdadera obra de caridad, pues se ha circunscrito á lo indispensable para salir á una orilla y dejar esa memoria al pueblo de Nápoles.

En cambio el clero de Italia está haciendo prodigios de caridad.

En la diócesis de Cuneo y en el Piamonte, el

Obispo Mons. Andrés Tormica está visitando ahora todas las localidades invadidas por el cólera; en Turín, las Religiosas hospitalarias y las Hermanas de San José han pedido ir a asistir a los coléricos, y el Gobierno se ha apresurado a aceptar sus servicios; y Mons. Manacorda, Obispo de Fonano, no sólo ha publicado, como otros varios, una notable carta ordenando rogativas, sino que ha distribuido entre todos los sacerdotes de su diócesis un resumen de las medidas higiénicas que prescribe la ciencia para combatir el cólera, encargándoles que con todo celo las practiquen, y que le tengan al corriente de la marcha de la epidemia para acudir él mismo a los puntos donde aparezca.

En Nápoles, el Cardenal Sanfelice ha dado el noble ejemplo de llevar él mismo el Santo Viático y administrar los Sacramentos a los atacados, y en una circular que acaba de dirigir al clero de su diócesis ruega a todos los párrocos y demás sacerdotes que permanezcan en sus puestos, sin abandonarlos un instante, para asistir a los coléricos. En Roma mismo, donde la salud pública es excelente, se ven pruebas de la abnegación y de la caridad de la Iglesia; los Reverendos Padres Ministros de los enfermos, las Hermanas de la Caridad y otras Congregaciones, han solicitado del Municipio el puesto de honor por si llegara el triste caso de presentarse la epidemia en esta ciudad.

Entre tanto los *patriotas*, como no tienen sobre sí el compromiso de Humberto, se cuidan poco de acudir en socorro de los coléricos; al contrario, los de Roma están preparando la gran fiesta conmemorativa de la invasión de la capital, que quieren solemnizar este año más que los anteriores.

¡Qué caso hacen de los avisos del cielo!

El suceso de la última decena que acaba de pasar ha sido la gran manifestación católica de Bruselas, y el bárbaro y brutal ataque de las hordas liberales contra ella, produciendo un escándalo inaudito, que debiera avergonzar a todos los liberales de Europa.

Derrotados en los comicios apelaron los liberales a las manifestaciones; y los católicos, cuyo valor está siendo ejemplar, dispusieron acudir también a ese medio de demostrar lo que ahora se llama *opinión pública*. El día 7 del corriente fué el día designado para celebrar en Bruselas una gran manifestación católica. En trenes expresos llegaron a la capital hasta 2.121 diputaciones de provincias, compuestas algunas, como las de Namur, Gante y Amberes, de 6.000, 4.000 y 3.500 personas. El total de los manifestantes pasaría de 20.000. Como la manifestación más numerosa que los liberales han logrado reunir no ha pasado de 3.000 personas, claro está que este movimiento católico los puso fuera de sí, y en efecto, bien armados de puñales, revolvers y chuzos se lanzaron sobre los católicos y se entabló una lucha horrible, que llenó de pánico a toda la ciudad. Aunque los católicos iban indefensos no se amilanaron en la lucha, y así se ha visto después que el número de muertos y heridos ha sido mayor entre los agresores que entre los agredidos. ¡Lástima grande que los católicos no hubieran ido preparados!

La infamia de los liberales belgas no tiene nombre; es la canallada más horrible que puede ejecutarse por bandidos desalmados.

«Bellacos y farsantes — dice un periódico católico — hablan del respeto a todas las opiniones, y no admiten que triunfe más que la suya; proclaman la soberanía del pueblo, y cuando el pueblo los aborrece lo tiranizan y lo asesinan; alardean de amor a la libertad, y su libertad consiste en no tolerar que nadie mande más que ellos y en perseguir, cuando mandan, las cosas y las personas que hagan relación con el catolicismo.

¡Y luego se atreven a hablar de tiranías y de guerras promovidas por los católicos, y de noches como la de Saint-Barthelemy!»

Al finalizar el siglo XIX, cuando los liberales creían que el catolicismo era un cadáver insepulto, y que las cuestiones religiosas no eran ya capaces de levantar el más leve tumulto, volvemos a columbrar, por culpa de esos mismos liberales, el terrible cuadro de las guerras de religión que ensangrentaron en los siglos XVI y XVII el suelo de Europa. ¡Bastante habéis adelantado!

Los católicos alemanes se han reunido en Asamblea en la ciudad de Amberg, y su primer acuerdo ha consistido en recomendar a todas las provincias la fundación de sociedades de obreros católicos. En un banquete con que los miembros de la Asamblea han obsequiado al insigne Sr. Windthorst, éste ha pronunciado un elocuentísimo discurso que extracta la *Kölnische Volkszeitung*. En este discurso, el jefe del Centro ha declarado que la conducta de los ca-

tólicos en las próximas elecciones será la siguiente: «Guerra sin cuartel a los candidatos liberales-nacionales, toda vez que este partido es hoy el único que sostiene los restos del *Kulturkampf* aunque lo haga de un modo vergonzante; benevolencia con los partidos conservadores y alianza con ellos donde ésta sea necesaria para vencer a los candidatos liberales-nacionales, toda vez que los conservadores protestantes son los únicos que, aunque con vacilaciones y desfallecimientos, nos ayudan en la empresa de acabar con la mal llamada lucha por la civilización.»

En Alemania no es posible por ahora esperar un triunfo como el de Bélgica; pero se vislumbra en la distancia, por la unión, energía y celo de los católicos. Allí el protestantismo tiene hondas raíces, y a su sombra viven muchas instituciones que han de luchar por su existencia; pero el socialismo se encarga de preparar el camino a los católicos, los cuales llegarán a ser un día la tabla de salvación del Imperio.

Ojalá que lo veamos nosotros.

Por fin parece un hecho próximo a realizarse la conferencia de los tres Emperadores. Los periódicos extranjeros anuncian que el príncipe de Bismarck acompañará al emperador Guillermo, el conde Kalnoky al de Austria y el señor Giers al de Rusia. La entrevista se celebrará en los alrededores de Varsovia, a cuya ciudad llegó el emperador Alejandro el 10 de los corrientes.

¿De qué se tratará en la conferencia? No es fácil saberlo, pero sí presumirlo: de acordar medidas de defensa contra la demagogia. Los tres Emperadores sienten ruidos subterráneos debajo de sus tronos, y a pesar de su gran poder tienen miedo. Ojalá que en este caso pueda repetirse con verdad el dicho vulgar: el miedo guarda la viña.

Los católicos austriacos están de enhorabuena por un triunfo parcial obtenido en la Dieta del Austria superior. Tratábase de renovar la Dieta, que se hallaba compuesta casi exclusivamente de liberales. Gracias a las gestiones de los Prelados, los católicos, que andaban divididos y dispersos, se unieron y presentaron una candidatura. El 26 tuvieron lugar las elecciones, y en ellas han triunfado por gran mayoría de votos los candidatos católicos. Los liberales han visto de tal modo disminuida su representación, que están aterrados.

El ejemplo no ha pasado inadvertido de los demás católicos del Imperio. Ojalá que se repitan estos triunfos.

Saben nuestros lectores que en el Gabinete de Holanda hay tres católicos. Gracias a su influencia han sido nombrados inspectores católicos para reemplazar los que existían en las provincias católicas, que eran casi todos protestantes y racionalistas. Además en muchas vacantes de profesores racionalistas que van quedando ingresan candidatos católicos, y con esto se obtiene no poco para lo por venir.

Por último; el gran triunfo que se prepara es la reparación de la gran afrenta de 1871, en cuya época una mayoría de 39 votos rechazó la demanda de crédito pedido por el Gobierno para el sostenimiento en el Vaticano de un ministro plenipotenciario.

Borrarán indudablemente esta afrenta la Cámara actual cuando se discutan los presupuestos de 1885.

Si entonces fuesen derrotados los católicos a causa del espíritu sectario de algunos liberales moderados necesarios para constituir mayoría en la Cámara, es seguro que la cuestión se plantearía de nuevo después de las próximas elecciones. Entonces será seguro el triunfo.

A propósito de esta cuestión, refiere un periódico el siguiente hecho edificante: «Cuando en 1871 se negó la Cámara a enviar un ministro plenipotenciario al Vaticano, un católico eminente, Mr. Pedro Regont, de Maestricht, industrial afamado, ofreció espontáneamente al Rey, en sus sentimientos de reconocimiento a Pío IX, tomar a su cargo los gastos de la embajada holandesa cerca de la Santa Sede si nuestro Soberano quería separarse, como podía hacerlo, del parecer de los liberales.»

Es un buen rasgo que merece consignarse para ejemplo de católicos, y especialmente de los hombres de negocios.

La preocupación de los ingleses es la expedición de Egipto.

Los periódicos de Londres publican un telegrama del Cairo con fecha 28, según el cual lord Wolseley ha telegrafado a las autoridades militares que empiecen el movimiento de avance. Las tropas deberán salir de Sawar el 7 de Octubre y llegarán a Dongola el 17.

Cree el general inglés que se han exagerado las dificultades del camino a lo largo del Nilo.

Según un telegrama oficial de Asuán, siete vapores han pasado la primera catarata por la crecida del Nilo, que ha subido cuatro pies en Wady Halfa. A esta población ha llegado el regimiento de Sussex. Tiene orden de ir inmediatamente a Dongola con tres meses de víveres para mil hombres.

Según el plan de campaña del general Wolseley, todas las fuerzas de la expedición de socorro deberán hallarse en Dongola el 7 de Noviembre; es decir, un mes después de la llegada a Sarrash de la flotilla de barcos chatos. El general está convencido de que puede realizar fácilmente su programa. Sólo tendrá que pasar seis cataratas, mientras que en su expedición del río Rojo se vio obligado cuarenta y seis veces a sacar sus barcos a tierra y trasladarlos a la parte alta de las cascadas.

No obstante sus preocupaciones guerreras, el Gobierno inglés se cuida también de acrecentar sus museos artísticos. Acaba de comprar en 1.750.000 francos el cuadro de Rafael que representa a Nuestra Señora con San Juan Bautista y San Nicolás, existente en Londres en la galería del duque de Marlborough.

La guerra franco-china va agravándose.

Aunque el Gobierno francés, para no tener que reunir las Cámaras, no declara francamente la guerra, los sucesos la dan por declarada, y en cuanto a los chinos se muestran furiosamente irritados contra Francia. Las operaciones están ahora suspendidas por haber surgido algunas complicaciones, como lo ha demostrado la dimisión del general Millot, envuelta en el misterio; pero unos y otros se aperciben para la guerra, cuyas consecuencias nadie puede precisar.

Para Francia, por de pronto, la guerra es costosísima.

La Hacienda republicana va agravándose en proporciones espantosas.

Calcúlase que el presupuesto de 1884 se saldará con 800 millones de reales de déficit. Se piensa para cubrirle y atender a la amortización de la Deuda en hacer en 1885 un gran empréstito, que, según algunos, ascenderá a la enorme suma de 5 ó 6.000 millones de reales. El producto del empréstito se destinará a cubrir el déficit del presupuesto, reembolsar los bonos del Tesoro en circulación y disminuir la deuda flotante.

Con unos cuantos años de gobierno republicano, Francia se queda sin plumas.

M. RIERA.

QUIERO Y NO PUEDO

QUANDO difícil es, en el actual momento epidémico (que no siempre ha de ser *momento histórico*), pensar, hablar ó escribir para el público de algo que no sea el *cólera morbo asiático*, como escribir sin tinta, hablar sin palabras ó pensar sin entendimiento.

Claro está (y la misma comparación que he establecido lo demuestra) que si es difícil sustraerse a la tendencia que todos sentimos a hablar del cólera, no es absolutamente imposible.

Se puede, en efecto (y con algún esfuerzo de voluntad se conseguiría), llenar doce cuartillas de letras, frases, periodos y párrafos sin darse un por entendido de los aldobonazos con que llama a nuestra puerta ese huésped, importuno como todos los huéspedes, que cual otro *convidado de piedra* quiere venir a sentarse a la mesa de nuestros festines.

No, no es imposible escribir, hablar ó pensar sin preocuparse del cólera.

Como no es imposible escribir sin tinta.

Como no es imposible hablar sin palabras.

Como no es imposible pensar sin entendimiento.

Se puede escribir con hiel, por ejemplo; y periodistas y literatos conozco yo, tan llenos de talento como vacíos de humildad cristiana, que no me dejarán mentir.

Se puede hablar sin palabras, como hablan todos los sordo-mudos y aun muchos apreciables diputados que no son mudos, y de quienes se dice, después de escuchar su quincuagésimo discurso, que «carecen del don de la palabra», aunque les sobre el *excelencia* de la palabrería.

Se puede pensar sin entendimiento... Esto ya parece algo más fuerte; pues, sin embargo, den ustedes un paseito por los campos de nuestra historia política moderna, y les saldrán de entre los pies gazapos ó ejemplos vivos de mi afirmación. Verán ustedes partidos que pasan el tiempo *pensando* en hacer la felicidad del país (frase ya tan manoseada como el pasamano de mi escalera); fracciones que

tienen un pensamiento, banderías que piensan escalar el poder. Y verán ustedes, después de tanto pensar, como esos partidos, fracciones y banderías suelen ser acéfalos. Y si son acéfalos, no tienen cabeza; y si no tienen cabeza, no pueden tener cerebro; y donde no hay cerebro, vayan ustedes á buscar entendimiento...

Queda probado que este artefacto intelectual no es indispensable para pensar, al menos en el orden político.

Confieso que no entiendo palotada ni de política, ni de cólera morbo, ni de ninguna otra peste. Por tanto, no me atrevo á aventurar una duda ó una teoría que se me ocurre en este mismo instante, á saber: si la facultad de pensar, en política, puede residir en otro sitio que la cabeza, verbigracia, en el estómago, ó si ciertos políticos que no piensan con la extremidad superior del cuerpo donde se aloja la masa encefálica, lo hacen con alguna otra extremidad menos elevada.

Digo que no me atrevo á meterme en estos laberintos psíquicos, y prosigo mi asunto...

Pero ¿qué asunto ni qué calabaza, si hasta ahora no he hablado de nada que me sirva de tema para este artículo?

Lo único que recuerdo es que me había propuesto hablar hoy de cualquier cosa que no fuera el cólera, por lo mismo que supongo á mis lectores hastiados de esta conversación.

Por lo mismo empecé mi escrito anticolérico (quiero decir, contrario al asunto de la epidemia) haciendo notar la dificultad de mi trabajo, á fin de darle mayor realce para alcanzar las alabanzas y los aplausos del público.

Pero ¡quién! ya no quedan en el público aplausos ni alabanzas, que todos se han gastado en sahumar y fumigar al señor ministro de la Gobernación por sus acertadas disposiciones y sus enérgicas medidas y sus incansables esfuerzos en pro de la salud pública.

Y no seré yo quien le escatime los elogios ni le niegue la patente limpia en su navegación por los mares de la Sanidad.

Ni me importa tampoco saber á qué partido pertenece, ni cuáles son sus pródromos políticos, ni de dónde viene, ni adónde va, para apreciar su conducta en las graves circunstancias que atravesamos.

Es más: por esta comeción que todos sentimos, á fuer de españoles netos, por censurar los actos del poder, he tenido así como un conato de oposición á algunas de las medidas dictadas por el Sr. Romero Robledo en este asunto.

Animábame á ello la campaña que está haciendo una parte de la prensa periódica, por cierto la más avanzada en ideas políticas, contra esas medidas que califica de extremadas, imprudentes, vejatorias, absurdas, etc., etc... Pero nada, no se me ocurre contra el ministro ni un epigrama sangriento, ni un ataque injustificado, ni una reticencia maliciosa, ni una frase destemplada, ni nada de lo que tan á mano tienen esos apreciables periódicos para combatir las precauciones sanitarias. Está visto que no soy todavía bastante liberal para manejar el látigo de la pasión y el varapalo de la injusticia.

Pero ahora caigo en la cuenta de que no me bastaría ser tan liberal como los diarios que se llaman liberales en esta tierra clásica de la libertad y de los toros, para tener razón contra el Gobierno en el asunto de las precauciones sanitarias.

Precisamente anteayer, por echar el día á perros, como suele decirse, he leído algunos periódicos liberales de Italia, y he visto que tratan á su Gobierno, con motivo de las medidas sanitarias, con tanta ó mayor dureza que la que emplean los periódicos liberales de acá con el Gobierno español.

Dirán ustedes que no comprenden la lógica de mi razonamiento, y que lo verdaderamente lógico es que los liberales italianos hagan allí lo que hacen aquí los liberales españoles.

Ca, no, señores; si es el caso que los periódicos republicanos de Italia combaten con saña á aquel Ministerio porque no ha tomado las disposiciones enérgicas y rápidas que debió tomar para impedir la entrada y propagación del cólera en aquel país.

Y así como en España la prensa liberal demuestra matemáticamente *a priori* que las precauciones contra la epidemia son absurdas, ridículas, vejatorias, caprichosas, injustas, etc., así la prensa liberal de Italia prueba hasta la evidencia *a posteriori* que pudo haberse evitado la invasión epidémica si se hubieran adoptado con tiempo las rigurosas prescripciones que en casos tales ordena cualquier Gobierno que no sea tan injusto, tan caprichoso, tan vejatorio, tan ridículo, tan absurdo, etc., como el Gobierno italiano.

Esta es la lógica liberal; lógica que no me sirve, no porque sea la lógica de los liberales, sino por-

que le sobra exactamente tanto de liberal como le falta de lógica.

Yo me intereso mucho por todas las exageraciones liberales de todos los periódicos de todos los países, porque ahuyentan la monotonía; cuando no hacen llorar, hacen reír. Por lo mismo quisiera que se pusiesen de acuerdo liberales españoles y liberales italianos siquiera en las cuestiones epidémicas, porque no puedo creer que la peste constituya uno de los principios de su escuela política.

Esta conciliación que propongo es tanto más necesaria, cuanto que la diversidad de criterio entre los liberales de aquende y los de allende está dando lugar á una anomalía, que sería monstruosa si cupiera monstruosidad en la política.

Sí, señores liberales; estáis dando un espectáculo que sería cómico si algo serio pudiera haber en vuestros procedimientos. Resulta que los republicanos de Italia aplauden virtualmente al ministro de la Gobernación de España, y que los republicanos españoles aplauden, por su parte, moralmente al Gobierno italiano, tan maltratado por aquellos correccionistas.

Si los Ministerios fuesen como las epidemias (que no lo son, aunque afecten el carácter liberaliforme) y España se viese de repente invadida por el Gabinete italiano, á pesar de los cordones sanitarios, el Sr. Depretis tendría aquí, por parte de los republicanos españoles, una ovación sólo comparable á la que alcanzaría el Sr. Romero Robledo por parte de los republicanos de Italia.

Perdón, queridos lectores; no quería hablarles del cólera, y no he hecho otra cosa desde que he abierto la boca.

Voy á coger un periódico español para distraer mi imaginación de estos pensamientos lúgubres, y ver si su lectura me inspira alguna idea con que poner término á este malaventurado escrito...

¡Nada!... En artículos de fondo, en sueltos, en noticias extranjeras, en gacetillas, hasta en los anuncios, no tropieza la vista sino con reflexiones, consejos, sucesos, recetas y reclamos sobre el cólera, para el cólera, del cólera y contra el cólera... Esto es una verdadera epidemia de noticias epidémicas.

Y después de todo, resulta que no está averiguado si hay cólera en España.

Por lo que voy leyendo en este periódico, se deduce que no existe ni ha existido la enfermedad colérica en Alicante ni en ningún pueblo de la provincia.

Por lo que he leído en otros periódicos, se infiere que ha existido en Alicante y que existe, desgraciadamente, en otros puntos.

Por lo que he leído en la *Gaceta* de Madrid sé oficialmente, y con referencia á informes y dictámenes facultativos, que está comprobada la presencia de la terrible enfermedad.

El periódico oficial me merece más fe que las publicaciones que no lo son, y digo: ¿Quién ha de saberlo mejor que el Gobierno?

Pero los periódicos de Alicante niegan rotundamente la existencia del cólera, y exclamo: ¿Quién puede estar mejor enterado de lo que ocurre en la familia ajena que la familia misma?

En este dedalo de contradicciones busco alguna luz que me guíe al conocimiento de la verdad, y tropiezo (cosa muy natural en quien camina á tientas) en una noticia de Alicante que, si no alumbra, puede arder en un candil.

La noticia echa chispas, y ya tenemos mucho adelantado para procurarnos luz.

Dice que el cuerpo médico de aquella capital ha pedido al Gobierno que anule las medidas sanitarias dictadas respecto de la comarca que se ha supuesto invadida por el cólera.

Esto ya es algo; los facultativos de Alicante se levantan como un solo médico á protestar contra el acordonamiento y contra los lazaretos y contra la declaración de puerto sucio hecha por el Gobierno; luego no ha habido ni hay cólera en Alicante ni en los pueblos comarcanos. Así se deduce de la petición facultativa.

Sigo con interés la lectura de este suelto, en la firme seguridad de que el proto-medicato alicantino pondrá tan claro el caso y determinará con tanta precisión el carácter de la enfermedad que ha dado lugar á la declaración oficial de *cólera morbo asiático*, que no quede la más ligera duda acerca de su diagnóstico.

Pero ¡qué decepción la mía! Respecto del carácter de la enfermedad sospechosa, los médicos de Alicante sólo saben... que lo ignoran todo; y si parece la frase algo dura, que no saben nada de esa dolencia sospechosa.

Diecinueve médicos se juntan para protestar contra la calificación de cólera morbo asiático aplicada á la enfermedad mortífera que se ha presentado

en Alicante, y declaran mancomunadamente *é in solidum* que «la ciencia no ha podido dar un diagnóstico tan exacto que dejara satisfechos á todos».

¡Ay qué ciencia de mis pecados, que niega por boca de diecinueve de sus adeptos que la enfermedad discutida sea el cólera asiático, y no ha podido diagnosticarla! Pues si no la ha diagnosticado, ¿en qué ha conocido esa ciencia que no es el cólera?

Estos misterios de la ciencia son capaces de volver locos á los hombres que no estamos iniciados en ella.

Y á todo esto, y pese á mi decidido propósito de no hablar del cólera, cada vez me voy metiendo más y más en el asunto. Está visto que no me queda más remedio, para no volver á incurrir en la misma falta, que soltar la pluma y poner punto en boca.

BLAS.

LOS GRABADOS

EXCMO. É ILMO. SR. D. JOSÉ MARTÍN DE HERRERA Y DE LA IGLESIA.

Arzobispo de Santiago de Cuba.

Nació en la villa de Aldeadávila de la Rivera, provincia de Salamanca, de padres acomodados y piadosos, el 26 de Agosto de 1835. Recibió en su pueblo natal la primera enseñanza y rudimentos de latín y francés; mas sus padres, deseando darle una esmerada educación, le enviaron á la universidad de Salamanca, donde estudiaba ya su hermano D. Cristóbal Martín de Herrera, que fué más tarde varias veces ministro de la Corona. En dicha Universidad cursó el primer año de la segunda enseñanza; pero sintiendo ya en aquella tierna edad deseos de consagrarse al Señor, pasó al año siguiente al seminario de San Carlos Borromeo, en la misma ciudad, en cuyo establecimiento continuó sus estudios por espacio de trece años continuos y como alumno interno. En 1859, y á los veinticuatro años de edad, recibió la borla de Doctor en la facultad de sagrada Teología, y dos años después la de doctor en Derecho canónico. Ordenado de presbítero en Setiembre de 1859, fué nombrado en 1860 beneficiado coadjutor de la parroquia de San Benito en la ciudad de Salamanca; obtuvo al año siguiente igual cargo en la de San Martín de la misma ciudad, é ingresó como capellán real en la capilla de San Marcos en 1862. En 1863 fué nombrado ecónomo de la citada parroquia de San Martín, considerada como la primera del obispado. Ya en el año anterior había hecho oposición á la Canongía Magistral de Salamanca con brillantes ejercicios, obteniendo algunos votos, y siendo después nombrado Examinador sinodal de aquel obispado. En 1865 hizo oposición á la Magistral de Santiago de Galicia, y se le expidió por el Secretario Capitul un certificado honorífico, haciéndose constar en él que fueron sus ejercicios aprobados por unanimidad; que los desempeñó con todo lucimiento, mostrando la mayor instrucción, y que obtuvo cinco votos en el primer escrutinio para la provisión y seis en el segundo. A los pocos días de las oposiciones antedichas, fué nombrado por S. M. la Reina Abad de la Colegiata de Logroño, y tomó posesión de esta dignidad el 4 de Agosto del mismo año; y tres después, cediendo á las insinuaciones de su Prelado, tomó á su cargo la cura de almas de la parroquia de la misma Colegiata. En Junio de 1871 fué agraciado con la dignidad de Dean de la Santa Iglesia Catedral de León, en cuya ciudad fundó la Catequesis cristiana, á la que asistían más de doscientos niños, y fué también director de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús en la Colegiata de San Isidro. En la primavera de 1875 fué nombrado Auditor de la Rota de la Nunciatura, de cuyo destino no llegó á posesionarse, pues antes de recibir el breve confirmatorio de tal nombramiento, el M. Rdo. Nuncio de Su Santidad le participó su presentación para la Silla arzobispal de Cuba, carga pesadísima que, por considerarla superior á sus fuerzas, renunció en 13 de Junio del mismo año, viéndose después en la necesidad de aceptarla á consecuencia de un telegrama de Mons. Simeoni en que le aseguraba ser tal la voluntad del Santo Padre. Fué preconizado en Consistorio el 5 de Julio de 1875 y consagrado el 3 de Octubre, fiesta de la Santísima Virgen del Rosario, en la Real Iglesia de San Isidro de Madrid, oficiando el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo, asistido del Emmo. Sr. Patriarca de las Indias D. Francisco de Paula Benavides, hoy Cardenal de la Santa Iglesia Romana, y del Excmo. Sr. D. Francisco de Sales Crespo, obispo de Mondoñedo. Recibió el sagrado palio de manos del Eminentísimo Sr. Cardenal Arzobispo de Toledo en el Oratorio de su Palacio arzobispal de esta Corte, y S. M. el Rey le agració con la Gran Cruz de Carlos III. En el mes de Octubre se embarcó para su arzobispado, deteniéndose unos días en la isla de Puerto Rico, desde donde envió á Santiago de Cuba dos de sus familiares con las Bulas apostólicas, y en su virtud el Ilmo. Sr. Doctor D. José Orberá y Carrión, Obispo electo entonces de Almería, tomó en su nombre posesión de la Silla arzobispal el día 26 de Noviembre, fiesta de los Desposorios de la Santísima Virgen, y finalmente, el 8 de Diciembre, día de la Inmaculada Concepción, Patrona de España y de sus Indias, hizo Su Excelencia Ilma., con gran solemnidad, su primera entrada en la capital de la archidiócesis.

Tristísima era entonces la situación de aquel arzobispado, principal teatro, hacía siete años, de una guerra fratricida y sangrienta; mas no por ello se desanimó el celoso Prelado, y en la inmediata primavera empezó su pastoral visita por la ciudad de Puerto Príncipe, donde era tal la miseria por

efecto de la insurrección que en un día repartió Su Excelencia Ilma. dos mil raciones á los pobres, viniendo á recibir limosna muchas personas que antes arrastraban lujosos carruajes y se hallaban rodeadas de toda clase de comodidades. Desde entonces todos los años sale á recorrer parte de su extenso arzobispado, de unas dos mil leguas cuadradas, muy necesitado de las frecuentes visitas de su Pastor; pues teniendo 'diseminadas en extensión tan vasta trescientas mil almas, cuenta sólo para su pasto espiritual con poco más de setenta sacerdotes, incluyendo en este número el Cabildo catedral. Continuas son las fatigas de este Prelado, hecho un verdadero misionero para atender á sus queridas ovejas; muchas veces, hasta con poca seguridad personal, especialmente en tiempo de la insurrección, ha recorrido á caballo, bajo el sol de fuego de los trópicos ó torrenciales aguaceros, los campos y los bosques, atravesando ríos en ocasiones sobre el tronco de un árbol; caminando por riscos y despeñaderos muy peligrosos, sobre todo en tiempo de lluvias; viajando por estrechas y tortuosas sendas, y siéndole preciso, para visitar pocas parroquias, hacer jornadas de más de cien leguas. En todos los pueblos á que llega predica diariamente, administra los santos sacramentos de Confesión y Comunión, empleando largas horas en la Confirmación de niños y adultos, elevándose ya á la enorme cifra de setenta y seis mil los que han recibido de sus manos este último Sacramento; y por último, hace muchas veces de catequista enseñando la doctrina cristiana, ya que se hallan innumerables gentes esparcidas por aquellos montes á muchas leguas de la iglesia parroquial, salidas la mayor parte de la esclavitud, sin escuela ni instrucción de ninguna clase, tanto que son muchos los que no saben lo absolutamente necesario para salvarse y bastantes los que ignoran hasta el *Padre nuestro*.

En la capital de su archidiócesis promueve incesantemente el culto divino predicando por turno unas veces en las distintas parroquias y capillas, y asistiendo otras á las funciones que en ellas se celebran; mas donde principalmente ejerce su celo por la conversión y santificación de las almas es en la Santa Catedral, donde confiesa todos los sábados y vísperas de fiestas. En este templo ha establecido desde su llegada el culto del Patriarca San José, de quien es devotísimo, dedicándole y celebrando á su costa el mes de Marzo, con predicación diaria, en la cual le auxilian los señores capitulares, con lo que recoge cada año abundantes frutos espirituales, teniendo el consuelo de ver que el pueblo corresponde á sus trabajos, pues en el día 19 de Marzo, fiesta del Santo Patriarca, reciben el pan de los ángeles unas mil personas. A esta predicación continuada de la palabra divina añade este muy Rdo. Prelado la predicación por escrito, habiendo defendido el dogma católico y exhortado á la moral cristiana con veintiseis Cartas Pastorales, algunas de las que le han valido la animosidad de espiritistas y masones, muy numerosos por desgracia en aquel país, quienes han estampado en folletos y periódicos, á la par que detestables y anticatólicas doctrinas, una porción de calumnias contra su propio Prelado.

Es este Arzobispo sumamente sencillo y afable en su trato; tiene abierta diariamente la Cámara arzobispal á todos sus fieles; no se ven en su palacio muebles de lujo, y carece de coche y de caballos, prefiriendo emplear las rentas de la mitra en el socorro de los pobres y en bien de las iglesias. Ha contribuido con gruesas sumas (varias de mil pesos) para que se construyan ó reparen dieciocho templos; el ex-convento de San Francisco de Cuba, donde costó por bastante tiempo una escuela para niños pobres, además de las reparaciones hechas en el edificio; el Hospital civil, Cárcel, Beneficencia y conventos de monjas de dicha ciudad, así como los de Puerto-Príncipe y Baracoa, le deben cuantiosas limosnas.

Las Conferencias de San Vicente, así de caballeros como de señoras, y los necesitados de todos los pueblos de la archidiócesis donde ha estado, pueden dar testimonio de su caridad, en lo cual no hace ni mas ni menos que seguir las huellas de todos los Obispos españoles. Por último, deja anualmente dos mil duros que el Gobierno le da para renta de casa á favor del Seminario Conciliar, bien necesitado por cierto de aquella entrada; ha donado á la Santa Iglesia Catedral unas magníficas andas de metal blanco y estilo gótico construídas en esta Corte, cuyo total coste ha sido de 2.000 pesos, con otros muchos regalos de menor cuantía; ha provisto á la capilla arzobispal de magníficos ornamentos y de un precioso altar de maderas finas de aquel país.

Vino Su Excelencia Ilma. á la Península en 1879, elegido senador por aquella provincia eclesiástica, con el principal objeto de hacer la visita al Santo Padre, que tuvo el consuelo de realizar en el mes de Setiembre, siendo recibido con mucho cariño por el Sumo Pontífice León XIII, quien le concedió para su Iglesia Catedral el título y privilegios de basílica menor, obteniendo también la agregación de la misma á la santa basílica de Letrán; en este año de 1884 graves negocios de su Iglesia le han traído por segunda vez á la madre patria, de donde regresará al lado de la grey que le está confiada á fines del próximo Octubre, siendo por tanto ésta la quinta vez que con el favor de Dios repasará el Atlántico.

NOTA. Ha repartido con profusión entre sus fieles un sin número de libros de piedad por valor de algunos miles de pesos, y distribuido muchos millares de catecismos; sólo una edición que mandó tirar del P. Astete constaba de quince mil ejemplares.

PAISAJE DE OTOÑO

Dibujo de Apeles Mestres.

Cuando empiezan á soplar las primeras brisas del Otoño, y el campo, hasta entonces cubierto de frondosas ramas, va desnudándose de sus hojas para caer en el frío sepulcro del invierno, los campesinos, previsores como la hormiga, comienzan á encerrar en sus cabañas los haces de leña que

han de templar el rigor de los próximos hielos. Esta escena, tomando por campo un bosque de los pintorescos márgenes del Bessó (Cataluña), y por personaje campestre una niña, ha sido la que ha inspirado el bello paisaje de Mestres, reproducido en el grabado que nos ocupa.

Sabido es que en nuestra patria, como en todos los países meridionales, el Otoño, aunque melancólico, es una de las estaciones más bellas del año.

SALIDA DE CRISTÓBAL COLÓN DEL PUERTO DE PALOS
EL 3 DE AGOSTO DE 1492

Cuadro de Gisbert.

A pesar de haber embargado este hecho el pincel de muchos artistas, así españoles como extranjeros, uno de los cuadros más interesantes que lo representan, donde con más sobriedad y sentimiento se recuerda este suceso, es el de Gisbert, reproducido en nuestro grabado.

En el descubrimiento de América cabe la honra mayor á las Ordenes religiosas, pues sin la mediación de los Padres de la Rábida, y sobre todo del insigne Fr. Juan Pérez de Marchena, Prior del convento y confesor de la gran Reina Católica, no hubiera podido Colón ejecutar sus planes, atravesando el desconocido Océano, cerrado á los siglos anteriores. Por eso en el cuadro de Gisbert nos place sobremanera el momento escogido para la representación pictórica, que es aquel en el cual el venerable Franciscano, prior de la Rábida, echa su bendición sobre las carabelas y sobre los navegantes, bendición fecunda que había de valer á España la gloria de descubrir un nuevo mundo.

Las tres carabelas partieron de Palos el 3 de Agosto, el 9 arribaron á la Gomera, el 6 de Setiembre salieron de este punto y el 9 vislumbraron por última vez la isla de Hierro, la más occidental de las Canarias. El 13 de Setiembre, á doscientas leguas al oeste de la isla de Hierro, observó Colón la desviación de la aguja magnética, que, en vez de apuntar directamente á la estrella polar, se había desviado de 5 á 6 grados al O., desviación que fué en aumento, revelando que entraban en un mar sujeto á influencias desconocidas; dos días después entraron en la región de los vientos periódicos; el 6 de Octubre observaron multitud de pájaros, que anunciaban tierra próxima; y por último, en la noche del 11 al 12 descubrieron costa, arribando á ella con gran pompa y aparato; era la isla de Guanahani, una de las Lucayas, que Colón bautizó con el nombre de San Salvador.

Volviendo á la escena de Palos, es indudable que allí los frailes de la Rábida debían figurar en primer término; y por eso el pintor, interpretando fielmente la verdad histórica, ha sabido realizar la mayor belleza. Contemplando este cuadro, es preciso exclamar: ¡América brotó de la oscuridad de los mares bajo la bendición de un fraile!

Jamás la impiedad podrá presentar mayores títulos á la gratitud del mundo y de la civilización universal.

RUÍNAS DE BABILONIA

Esta célebre ciudad, edificada por Nemrod en la llanura de Sennar, sobre el Éufrates, fué una de las más opulentas y arrogantes de la antigüedad, habiendo quedado su nombre como prototipo de la soberbia humana. Semíramis, Nabucodonosor, Nitocris y otros príncipes poderosos, la enriquecieron con grandes monumentos. Nunca se sintió más rey el gran Alejandro que cuando tomó posesión de esta célebre ciudad, en la cual más tarde había de morir, como si la Providencia hubiera dispuesto que soberbia tan grande como la de Alejandro mereciera un sepulcro tan soberbio como Babilonia.

¿Qué ha quedado de tanta esplendidez y opulencia?

Véase el grabado. Los pastores recorren hoy sus ruínas con la mayor indiferencia, y los ganados sestean á la sombra de sus inmensos peñascales. Un espacio de dieciocho leguas cuadradas ocupan las ruínas, en las cuales se ceba ahora con algún provecho la curiosidad de los modernos arqueólogos.

Una pequeña parte del recinto de Babilonia está ocupado por la aldea de Hilleh, á 93 kilómetros al sur de Bagdad.

"...por tierra derribado

Yace el temido honor de la espantosa

Muralla, y lastimosa

Reliquia es solamente

De su invencible gente.

Sólo quedan memorias funerales.

¡Así confunde el Señor la soberbia humana, y así pasan los más poderosos Imperios, sin dejar más que ruínas y cenizas, juguetes del viento!

Sólo el Señor permanece eternamente, y con Él todos los que la aman.

Las ruínas de Babilonia son un libro, ó más bien un espejo donde pueden ver su porvenir las grandes ciudades de nuestro siglo, pequeños remedos de la gran ciudad del Asia.

EL SUPUESTO SALVAJISMO DEL HOMBRE PRIMITIVO

UNA de las manías de la ciencia incrédula, ha sido siempre esta del salvajismo del hombre primitivo. Ya en el siglo pasado dió bastante que reír (risas precursoras de lágrimas amarguísimas por los desastres sociales que sus teorías causaron) el famoso Juan Jacobo con su *estado natural del hombre*, poco diferente, al decir suyo, del de las alimañas del desierto. Hoy sus discípulos y descendientes vuelven á la carga

armados de utensilios prehistóricos, con los cuales pretenden demostrar que la inteligencia y cultura del hombre en los primeros siglos de su existencia en la tierra eran poco superiores á las de los brutos. Acerca de este punto, es cosa ya admitida generalmente por todos que la ciencia profana no tiene datos, ni probablemente los tendrá jamás, que puedan darnos á conocer de una manera clara é incontrovertible el grado de civilización que alcanzó el hombre en los primeros siglos, ni mucho menos en los días primitivos de su estancia en el Globo. Esta impotencia ó incapacidad de la sabiduría humana para resolver problema tan complicado, debiera por sí sola evidenciar á cualquiera la imposibilidad de que de este lado surja conflicto ú oposición alguna contra lo que enseña la verdad revelada. Mas como esta contestación pudiera parecer breve y escueta en demasía, y como al discutir con los enemigos de la fe lo que importa es no tanto demostrar la imposibilidad de disentimiento entre la ciencia y la religión cuanto esclarecer ciertas cuestiones que los sostenedores de dicho disentimiento tienen particular empeño en embrollar á fin de hacer su hecho y marear y entontecer á los incautos, vamos á entrar en algunos pormenores acerca del estado en que hubo de encontrarse la humanidad en los días primeros de su vida en la tierra, los cuales esperamos han de contribuir no poco á deshacer embrollos y desvanecer amañadas tinieblas.

Ante todo, asentemos como base de nuestro argumento que el hombre fué criado por Dios en estado perfecto, esto es, con el pleno uso de sus facultades y en la posesión de aquellas dotes é instintos así físicos como morales que se conseguían á su racional naturaleza. Esta perfección no implica en manera alguna que el hombre, desde el momento de abrir sus ojos á la luz de este mundo, gozara ya del desarrollo completo de su inteligencia con una ciencia ó instrucción perfectísima acerca de los misterios ó leyes del universo, y acerca de los secretos de las artes ó industrias que habían de facilitarle y hacerle más llevadera su vida. Sólo expresa ó indica que el hombre, desde el primer instante de su existencia, fué *hombre*, esto es, *animal racional* dotado de inteligencia nobilísima y enriquecido con la fuerza de una voluntad naturalmente inclinada hacia el bien. De esta manera, llevando esculpida en su frente la imagen de Dios, dotado por éste de la prerrogativa de la razón, adornado con el instinto de sociabilidad y poseyendo además un organismo maravillosamente acomodado para secundar los movimientos, impulsos ó inclinaciones de su alma, al paso que se levantaba sobre todos los seres de la creación de que estaba rodeado, tenía en sí virtud y capacidad de perfeccionarse á sí mismo indefinidamente; nada, en fin, le faltaba para aspirar á la perfección que entreveía su inteligencia y para realizarla ó ejecutarla por la obra, y aun poseía ya virtualmente todo aquel desarrollo así físico como moral á que pudo llegar en adelante.

Mas si el hombre, considerado individualmente y en sus constitutivos esenciales, poseyó desde la aurora de su vida todo cuanto necesitaba para alcanzar aquella perfección y cultura de espíritu á que aspiraba su inteligencia, ¿se esforzó realmente para alcanzarla? Al estudiar la humana naturaleza, no en las abstracciones de la mente, sino en las severas realidades de la historia, y no en la historia tal como se desenvuelve hoy día, sino tal como se desarrolló en los principios de la vida de la humanidad, ¿nos encontramos por ventura que se adelanta gradualmente en el camino de su mejoramiento físico y moral, ó vemos que se atrasa y retrocede hasta caer en total embrutecimiento, y en el más vil y repugnante salvajismo? En resolución: el hombre, por lo que toca á su perfección intelectual y moral, ¿fué de menos á más, ó de más á menos?

Ya hemos dicho, y no nos cansaremos de repetir, que á la ciencia humana le es de todo punto imposible resolver clara y perentoriamente el misterio de la cultura y civilización del hombre primitivo. Su mirada escudriñadora no es capaz de penetrar las densísimas tinieblas que ocultan aquellos días en que el hombre, sin más testigo que Dios, vagaba por la tierra solo y señero, contemplando la hermosura del Globo en que había sido colocado como rey y dominador, y cebando su vista y su alma en las galas y arreos virginales con que la mano creadora había embellecido el planeta que había de ser su grande morada. Pero ya que no argumentos decisivos, no faltan indicios ó vislumbres suficientes que nos den alguna idea de la condición del hombre en aquellos venturosos días, y de cual hubo de ser el uso que hizo de sus facultades en presencia de las magnificencias del Universo.

Para encontrar estos indicios no basta subir hasta las edades más remotas de nuestra historia, ni



PAISAJE DE OTOÑO (DIBUJO DE APELES MESTRES).

PARA QUÉ SIRVEN LOS FRAILES.



SALIDA DE CRISTÓBAL COLÓN DEL PUERTO DE PALOS EL DÍA 3 DE AGOSTO DE 1492.

(Cuadro de Gisbert.)



consultar tradiciones, ni rastrear por fábulas y leyendas las costumbres y civilizaciones de pueblos que desaparecieron. Hay que ir más allá; hay que remontarse allende de los límites o aledaños de la historia, y salvar cataclismos espantosos y atravesar ruinas y escombros de generaciones para colocarnos con la imaginación en aquel tiempo en que gran parte de lo que son ahora inmensos continentes, como el de Europa y Asia, yacían sumergidos bajo los mares; cuando ríos caudalosos y lagos y pantanos inmensurables se extendían majestuosos por lo que son ahora tierras arables y cultivadas. Entonces la flora que vegetaba en los campos no era muy diferente de lo que actualmente los embellece; la fauna presentaba en la mayor parte de la tierra una pujanza de tipos de que apenas hay ejemplo en las regiones más favorecidas de nuestro Globo. Porque el mammoth, hoy extinguido de todo punto, paseaba su enorme cuerpo, juntamente con otros monstruos semejantes, por los bosques de Europa. El oso de las cavernas, el mastodonte, la hiena y el gigantesco ciervo irlandés, con otros restos de animales del período postterciario, talaban los bosques de nuestras comarcas; y mientras que se cernían en el aire y saltaban por la tierra los pájaros y las aves que aún la alegran con sus trinos y la embellecen con su plumaje, el caballo, el buey, la cabra, la oveja y demás especies análogas de cuadrúpedos corrían por las selvas y les comunicaban su vida y su hermosura. Entre estos seres, los últimos que la virtud creadora de Dios sacó a la luz de este mundo, apareció de súbito el hombre sin antecesor a quienes debiera su existencia, sólo en su clase o especie; y sobre todo (lo que importa grandemente para la solución del problema que tratamos) con las mismas condiciones y constitutivos que hoy le adornan, así en lo que se refiere al cuerpo como en lo que pertenece al alma.

Escasos son, y a las veces de dudosa autenticidad, los restos de organismos humanos que han llegado hasta nosotros desde la remotísima edad de que vamos hablando; pero fijándonos solamente en los más auténticos y seguros hallados en terrenos cuaternarios y revueltos con huesos de mammoth, del rinoceronte y de otros animales pertenecientes a aquella época geológica, resulta del estudio de dichos organismos que en ellos no ha sido posible sorprender ninguna confirmación anormal que pueda ser considerada como indicio de raza inferior. Si a veces se observa en ellos alguna irregularidad o anomalía en el desarrollo de algún órgano, no es tal que no tenga su semejanza en las razas actuales, y por consiguiente debe ser atribuida a las causas perturbadoras que influyen actualmente en la generación del humano organismo. Y por lo que toca al cráneo, órgano en que se ha fijado siempre la atención de los naturalistas, por reflejar las facultades intelectuales del espíritu que lo animó, está fuera de duda que los volúmenes o capacidades de los cráneos encontrados en los yacimientos o depósitos cuaternarios, o no difieren de las capacidades medias de los actuales, o si hay diferencia entre unos y otros, ésta favorece a los cráneos prehistóricos. Cosa verdaderamente admirable y singular! Todo ha cambiado alrededor del hombre. La tierra, desde que le sirve de vivienda, ha estado cubierta, ora de capas enormes de hielo, ora de masas de agua que en unas partes se recogían en inmensas lagunas, en otras corrían desbordadas en ríos caudalosos; ya ha estado sometida a una temperatura suave y apacible, ya a otra fría y seca por extremo. De igual modo las especies vegetales y animales han sufrido modificaciones notables, y algunos de ellos verdaderas transformaciones. Así, los caballos actuales descienden, al parecer, del primitivo hiparion; las hienas y los osos de otras especies análogas, pero más grandes y más terribles; los elefantes, del mammoth, del *Elephas meridionalis*, del *Elephas antiquus*; los animales de cornamenta del urus, del *Bos longifrons*, del *Bos frontosus*, y así en adelante. En medio de esta universal transformación de la vida, la raza humana, que ha presenciado estos cambios, ha permanecido idéntica a sí misma. Ninguna de las diferencias climáticas porque ha pasado ha influido sustancialmente en su organismo. A todas ha resistido, y el hombre que hoy vive y puebla nuestras ciudades, donde se ostentan los prodigios de la civilización humana y los esfuerzos admirables de su inteligencia, no difiere del hombre que pobre y desnudo se guarecía en las cavernas y disputaba a los monstruos de la época cuaternaria su alimento y vivienda. Todos los organismos, en fin, se han modificado; mas la configuración del organismo humano es hoy la misma que cuando por primera vez abrió sus ojos a la hermosa luz de este mundo.

Pero en el hombre no hay solamente organismo del cuerpo, sino que en este organismo vive y

alienta un espíritu inmortal que le gobierna y dirige, y le levanta de la esfera sensible y terrena a la espiritual y divina; y así como en los yacimientos geológicos se han hallado testimonios de la forma y configuración de su cuerpo, así se han encontrado también en ellos reliquias e indicios de su alma estampados en los utensilios, armas y artefactos inventados por el hombre en los siglos primeros de su vida. Sin duda que las hachas de piedra, labradas a golpes de otras piedras más duras, la agujas y punzones hechos de huesos de animales, y los demás instrumentos hallados en las cavernas cuaternarias, son cosa tan ruda que a los que gozamos de los adelantos de la cultura universal acumulados por espacio de muchos siglos pudieran parecer indicios de un estado de civilización poco distinto del de los actuales salvajes. Este juicio, sin embargo, sería en gran manera erróneo; porque al hombre, en cualquier estado o condición que se halle, no hay que juzgarle con las ideas propias de otros tiempos, sino que hay que prescindir de la atmósfera ideal que rodea al que juzga o decide, y trasladarse con la imaginación a la edad de que se trata y avalorar bien los medios con que hubo que contar para las obras que se emprendían, y en fin, tomar en cuenta todas las influencias así físicas como morales que determinaban las condiciones de la vida. Por esto un etnólogo eminente¹, al hablar de los dibujos y obras de arte que nos quedan de los hombres primitivos, dice con mucho acierto que «el más hábil de los escultores de hoy no haría mejor los tales dibujos si se le diese por cincel un pedazo de pedernal, y piedra o hueso por materia donde hubiese de grabarlos». No es posible, en verdad, considerar lo que eran estos hombres llamados prehistóricos, contemplar los monumentos de su industria, examinar los escasísimos medios que tenían para sus trabajos, y calcular las dificultades y peligros continuos de su vida, sin sentirse penetrado del más vivo sentimiento de admiración. Porque si hoy la lucha y combate de la vida tiene aún sus rigores y contrastes, si para vencer las dificultades que en ella se presentan necesita el hombre todo el valor de su corazón indomable, ¿cuánto más no lo necesitaría en aquella edad en que la industria era nula o escasísima, mayor la braveza y rigor del clima, y continuo el peligro de perecer a las garras de las bestias salvajes que le disputaban sus conquistas sobre la naturaleza? Colosal hubo de ser aquella lucha y combate; mas de todo triunfó el hombre, no por más fuerte, sino en virtud de las admirables facultades de que fué revestido por su Hacedor; es a saber: porque poseía dos cosas o instrumentos con los cuales había de sobreponerse a todas las dificultades y triunfar de todos sus enemigos; porque contaba con una voluntad que mandaba y un organismo maravilloso que obedecía; porque, en fin, a la fuerza brutal oponía la inteligencia, y del contraste de estas dos fuerzas resultaba una lucha grandiosa en que aquello había de matar a esto, y en que la grandeza y el esfuerzo del cuerpo habían de sucumbir ante el ingenio y la industriosa actividad del espíritu.

Tal se nos presenta el hombre en el período más remoto adonde podemos penetrar a la luz de la ciencia prehistórica. Pero tal y como se nos ofrece en la estructura de su organismo y en los artefactos de su industria en época tan lejana de nosotros, ¿es así como salió de manos del Criador y como hubo de hallarse en los días primeros de su existencia? A esta pregunta no es posible contestar categórica ni aun probablemente. El hombre de la época cuaternaria, según vivía entonces en gran parte de Europa, este ser inculto, ignorante y bárbaro si se quiere, pero no salvaje en el sentido que suele darse a esta palabra, no es aún propiamente el hombre primitivo; su organismo es industria, si bien de suma importancia para el estudio de la condición física y moral de la humanidad en los primeros tiempos de su historia, no reflejan exactamente su primitivo organismo es industria; antes hay razones para sospechar que los monumentos prehistóricos de que venimos hablando indican, no un estado de adelanto sobre otro menos culto y adelantado, sino más bien un retroceso o decadencia en que hubieron de caer algunos pueblos. En verdad, todos los estudios emprendidos hasta ahora con el fin de resolver el problema del sitio en que apareció el hombre, todos los rayos de luz que se han podido recoger de las tradiciones, datos etnográficos y lingüísticos, señalan el Oriente, y aun indican la llanura central de Asia, limitada al norte por el Altay y al mediodía por el Himalaya, como el punto o centro desde donde hubo de derramarse por la tierra. Por manera que cuando llegó el hombre a las regiones de Eu-

ropa, donde se han encontrado los dichos documentos, ya hacía largo tiempo que andaba por la tierra; así, lo que estos monumentos nos refieren no es más que el último capítulo u hojas de un libro que nunca llegaremos a leer o conocer del todo. Cuál hubo de ser la vida que llevó en las regiones donde apareció por primera vez, si no es posible saberlo con seguridad, hay un fenómeno singular y significativo además que derrama bastante luz sobre este punto, y este fenómeno es que, según vamos acercándonos a la cuna de la familia humana, van escaseando los documentos prehistóricos de ruda y bárbara cultura. Así, en Egipto son más en número que en el Asia Menor, y en ésta más que en la central, donde desaparecen totalmente. Esta disminución de objetos prehistóricos, ¿indica tal vez que la rudeza de las civilizaciones prehistóricas es debida a cierta degradación de la raza humana, la cual, según se alejaba del núcleo o centro formado por las primeras generaciones, iba olvidándose de las ideas y progresos adquiridos por su vida social y cayendo en la ignorancia y en la barbarie? Es lícito creerlo así.

Por lo que se refiere a lo que dice acerca de este punto la Biblia, monumento el más antiguo y augusto que nos cuenta el estado en que hubo de hallarse el hombre recién salido de las manos de su Hacedor, si es cierto que nos presenta al primer hombre dotado de un conocimiento perfecto de sus deberes morales, viviendo en la más pura santidad e inocencia, y enriquecido con las más excelentes virtudes y privilegios, es también evidente que acerca de su cultura e instrucción científica habla de manera que es lícito sospechar que no fuese muy excelente, sino que no pasaría del que era necesario para atender a las necesidades de su vida y a lo que exigía la educación de la familia que había de procrear. Esto antes de su prevaricación: que después es de presumir que a la decadencia moral correspondiese la decadencia física. Como quiera que ello sea, una cosa consta de la Sagrada Escritura; es a saber: que gracias a la luz de la inteligencia de que fué el hombre iluminado, ora debilitada por la prevaricación primera, ora transmitida o aplicada en todo su esplendor, el hombre fué inventando sucesivamente las industrias necesarias para el desenvolvimiento de su vida. Así, nos habla del descubridor de los metales, del del arte de edificar, del de los instrumentos músicos, etc., ofreciéndonos un espectáculo de un progreso continuo en el cual la industria se perfecciona, crece la ciencia, y las ideas e instintos gradualmente se levantan y engrandecen, en lo cual va de acuerdo con la mitología clásica; pero con la diferencia de que ésta señala la invención de artes como obra sobrenatural revelada a la humanidad, mientras que la Biblia las presenta como invenciones humanas descubiertas a la luz del ingenio nativo del hombre. Que este hermoso movimiento y progreso tuviese por principio y como punto de partida un estado completamente salvaje y de supremo embrutecimiento y rudeza, como quieren algunos de los flamantes escritores de prehistoria, jamás por jamás será posible demostrarlo. Porque dado y no concedido que los descendientes del primer hombre fuesen rudos, ignorantes y aun salvajes, de lo que ellos fueron no se puede argumentar lo que hubo de ser su progenitor. La Teología nos presenta a Adán en una categoría única, singularísima y exclusiva, en la cual fué todo lo que debía ser conforme a las dotes y prerrogativas de que estaba adornado. Esta categoría, estado o condición en nada puede ser rechazada por la ciencia; antes encuentra en ella firmísimo apoyo, viéndose comprobada por los testimonios más augustos, por los hechos de la historia y por las tradiciones de todos los pueblos. Mas de lo que fué Adán no es posible colegir lo que hubieran de ser sus descendientes, aun inmediatos, por cuanto la diferencia entre el estado del primero y el de los segundos no fué de grado, sino de naturaleza. Set, hijo de Adán, dice con sublime sencillez la Sagrada Escritura, fué engendrado a semejanza de Adán; Adán, hijo de Dios, fué criado a semejanza de Dios.

Los que tratan de averiguar el grado de civilización que alcanzó el hombre en los días primeros de su existencia en la tierra, van generalmente a buscar sus argumentos en el estado de los pueblos salvajes que hoy existen, y cuya condición y cultura deben de ser, a lo que ellos dicen, muy semejantes a las de los hombres primitivos. Nada hay más peligroso y absurdo que tal intento y manera de discurrir. Porque el hombre naturalmente es social, esto es, tiende por fuerza incontrastable de su naturaleza a comunicar sus ideas o sentimientos a sus semejantes, a estrechar con ellos relaciones de mutua benevolencia, a constituir, en fin, ese conjunto o todo armónico que se llama humana sociedad, en la cual, al par que halla sumo deleite, encuentra también la satisfacción de sus más nobles instintos y la perfección de sus más elevadas facultades. Por consiguiente

¹ Boy Dawkins, en su obra *Cavehunting*, pág. 334.

te, el que quiera conocer el empleo y fin natural de estas facultades ha de estudiarlas tales como se desenvuelven en esta sociedad, no en aquellos seres abyectos y desnaturalizados que, ahogando sus más bellos instintos, viven más bien como brutos que como seres racionales. En ellos es verdad que las facultades orgánicas del cuerpo podrán encontrarse más desarrolladas; pero las del espíritu habrán de encontrarse muy imperfectas, y como embrionarias y atrofiadas por la falta de uso ó ejercicio. La naturaleza podrá ser más ruda y enérgica, pero será necesariamente menos completa y perfecta. Esta únicamente llega á su total desenvolvimiento en el hombre social que ejercita á la vez la voluntad y los instintos, la razón y la sensibilidad, el cuerpo y el espíritu.

Además es caso muy expuesto á error el querer sacar el grado de cultura de un pueblo, ora civilizado, ora bárbaro, por la de otro y aun la del mismo pueblo en época muy anterior. El estado intelectual de una nación varía continuamente según las circunstancias del clima, las relaciones que tiene con otros pueblos ó naciones comarcanas, la mezcla ó invasión de elementos extraños y otras causas, sin contar la fuerza íntima, libérrima, imposible de ser coartada ni sometida al cálculo que posee el hombre, así individual como socialmente considerado, para hacer el uso que le plazca de sus facultades. Por otra parte, la idea de civilización es muy ambigua y complicada. La mayor perfección de los utensilios ó artefactos no siempre es indicio de mayor perfección y cultura del espíritu. Al lado de construcciones rudísimas pueden y suelen hallarse rastros de muy adelantada cultura. En fin, esta materia está tan llena de dificultades que no hay ley que rijan para todos los casos, ni idea que se pueda generalizar, ni opinión ó juicio que resista á un examen concienzudo y contrastado con los hechos. La razón de ello es la precipitación y ligereza con que suelen juzgarse estas cosas, y la dificultad de desprenderse de las preocupaciones y errores fácilmente adquiridos queriendo ajustar los hechos á un molde fabricado de antemano.

« Los débiles fulgores de pasados tiempos que han llegado á nosotros, dice Alberto Mott, nos revela un mundo habitado cual el de hoy por pueblos cultos y por pueblos salvajes; pero al intentar leer en lo pasado solemos errar, porque suponemos que las señales exteriores de civilización han de ser siempre las mismas y semejantes á las que vemos en torno nuestro. » Desde Vico acá mucho se ha escrito y novelado sobre la filosofía de la Historia, queriendo reducir á fórmula matemática los erráticos movimientos de la vida social. Mas estas novelas se han deshecho por sí mismas y caído en completo descrédito, ó si algo han enseñado han venido á confirmar los dogmas de la fe y las enseñanzas de la Religión. Respecto al punto de que estamos tratando, todos los progresos de la historia y de la filosofía llevan á la conclusión de que si el hombre existe y ha existido en el estado salvaje, no ha sido en fuerza de su condición y manera de ser original, sino que hubo de caer en aquel estado después de una era ó etapa de civilización; que una nación puede pasar muchos siglos de inmovilidad absoluta y resistiendo tenazmente al empuje de una civilización que le viene de fuera, y que, en fin, la ley que sigue la humanidad ora individual, ora socialmente considerada en lo que toca á su instrucción, mejoramiento y cultura, es que, dejada á sus propios instintos, tiende más bien á degenerar que á adelantar en su estado de intelectual cultura. Así, el salvajismo y embrutecimiento de algunos pueblos no supone necesariamente otro grado mayor de embrutecimiento y salvajismo, sino un estado más civilizado. Esto es lo cierto y averiguado, y esta ley se observa así en las regiones de África como en las de América y Oceanía, en los climas abrasadores de los trópicos como en los atreídos polares. De consiguiente, al remontarnos con el pensamiento por la serie ó sucesión de generaciones que nos han precedido en el estadio de la existencia, podremos encontrarnos con naciones más ó menos cultivadas, con espacios ora iluminados de hermosa luz, ora ennegrecidos por espesas tinieblas; pero si fuera posible llegar al último eslabón de esta cadena y contemplar la vida de los habitantes primitivos de nuestro Globo, hay indicios vehementísimos (atendiéndonos no más á la ley que sigue la humanidad en su intelectual desenvolvimiento) para creer que estos nuestros primeros ascendientes no fueron seres abyectos y miserables, apenas distinguibles de los brutos, sino hombres de inteligencia clara y despejada, adornado con las ideas y conocimientos necesarios para llevar adelante la vida, y sobre todo dotados de alto sentido moral no depravado, ni entenebrecido por la corrupción ni por la molición. De esta manera la ciencia y la historia viene á confirmar lo que dice la Sagrada Escritura acerca del estado del hombre primitivo, quedando siempre

aquella que leemos en el libro de la Sabiduría ¹, allí donde se dice que después de sacar Dios al hombre de su culpa y delito, « le dió virtud para regir, gobernar y contener todas las cosas ».

x.

DIAGNÓSTICOS Y PRONÓSTICOS ACERCA DEL CÓLERA

POR el interés palpitante que hoy desgraciadamente tienen las cosas relativas al cólera, vamos á recoger aquí diversas opiniones de autorizados médicos acerca de esta terrible epidemia, cuya naturaleza íntima se oculta aún á los ojos de la ciencia.

El célebre Dr. Orfila, médico español que llegó á ser decano de la Real Escuela de París, escribía á su amigo el corregidor Vendôme lo que sigue, con motivo de correr rumores acerca de una invasión cólerica:

« Si llega á temerse la invasión del cólera, procure usted cuidarse de antemano, para prevenir sus efectos, no comiendo demasiado, privándose de beber vinos puros y licores espirituosos, no fatigándose, y sobre todo, cuidando mucho no resfriarse. Si á pesar de todo esto el mal ataca, la enfermedad principia, 98 veces entre 100, por una diarrea poco ó nada dolorosa, que los enfermos descuidan casi siempre, cuidela usted mucho; cuidela usted, le repito, guardando cama y dieta.

« Tome usted agua de arroz y algunas medias lavativas con láudano, y mientras dure la diarrea guarde usted dieta y procure sudar. No tendrá usted el cólera, porque lo habrá sofocado con este método. Eche usted cinco ó seis gotas de láudano en cada lavativa de sustancia ó agua de arroz, y tómese usted dos cuartillos al día de la misma agua.

« No crea usted lo que dicen de que los médicos no curan los cólicos: esto es falso; no los curan cuando están ya fríos, azules y casi moribundos; pero saben curar y curan el primer período del mal haciendo lo que acabo de decir á usted, y previniendo ó impidiendo de esta manera que el mal llegue al segundo período. Yo he visitado muchos enfermos, amigos y parientes, y ni uno solo se me ha desgraciado, porque de antemano los había prevenido para cuando llegara el caso de llamarme. »

Del Dr. Vicente, en un comunicado que acaba de dirigir á *La Correspondencia de España*, es lo que sigue:

« El cólera de Novelda es *hemorrágico y palúdico*, á no dudarlo, según los informes facultativos. Pues bien; en ningún caso conviene más la medicación anticolérica por medio de sexquicloruro de hierro, y á falta de él, el percloruro simple en la forma que se indica en mi monografía sobre el cólera. Anti-hemorrágico y antiséptico por excelencia es dicho medicamento, y por eso yo no vacilaría un instante en propinarlo con confianza. Para combatir á la vez el elemento palúdico aconsejo las inyecciones hipodérmicas ó subcutáneas de sulfato de quinina, 40 centigramos, disuelto en el agua acidulada, un gramo, que cabe en la jeringuilla de Pravaz, practicando dos, tres ó cuatro inyecciones en el intervalo de una ó dos horas, ó más, según la gravedad del enfermo. Estas inyecciones se deben usar desde el primer momento, así como la medicación ferruginosa; porque si el enfermo ha llegado al estado de colapso ó postración extrema con cianosis, el caso es desesperado. Aun en este extremo, y en el período algido, se deben emplear las inyecciones de quinina, pero disuelta en éter; en mi libro consigno el caso (página 137) de un agonizante que prodigiosamente se salvó á beneficio de las inyecciones de éter, un gramo, sulfato de quinina, 40 centigramos, repetidas hasta cinco veces en menos de una hora.

« Por fin, en el caso de que los calambres sean muy dolorosos, se imprimirá en los miembros movimientos de extensión y de flexión, y se practicarán inyecciones subcutáneas de morfina.

« Dios quiera que sirva de alguna utilidad el tratamiento que propongo, fundado en los principios más seguros de la ciencia. »

El Dr. Vegas y Olmedo, reputado médico de esta Corte, ha publicado dos artículos sobre el cólera, de donde tomamos los siguientes párrafos:

« Los hombres más notables hoy en los detenidos estudios que se hacen de la causa productora del cólera del Ganges, no han completado todavía de una manera terminante cuál sea la naturaleza orgánica de aquel sér que, como causa, viene á deposi-

tarse en un importante aparato del hombre; que allí se ha de nutrir, desarrollar y reproducirse, según las leyes que presiden á los seres celulares, para desprenderse y propagarse, según la práctica nos ha enseñado, pasando de unos á otros á todo un pueblo, á una nación ó varias naciones, ú otro continente, marchando al través de los mares con el hombre, con el buque, con el ejército, etc.

« Falta todavía mucho que hacer, y no veo en los eminentes hombres que están al frente del movimiento científico la conformidad conveniente en este difícil problema, ni hechos tampoco los estudios que pueden satisfacer al mundo médico. Comprendo que las dificultades que ofrece aquel estudio son grandes, por lo detenido y escrupuloso que ha de hacerse antes de dar un fallo terminante, por lo expuesto al manejar agentes de acción tan destructora para el individuo que le ha de estudiar y para la localidad en que se haya de hacer.

« La minuciosidad del análisis es tal, que no sólo la conservación del sér orgánico microscópico, por un cultivo que le sea conveniente; la inoculación en la forma que se estudie; la reproducción y germinación en el individuo que se haya inoculado; los caracteres que acompañan en aquel contagio para definirle como causa productora del cólera, son operaciones y estudios que exigen tiempo, meditación y compromisos serios.

« Parece que me he separado del verdadero objeto, que era la contestación de *¿qué hacemos?* ¿qué medicamento me aconseja usted por si viene el cólera? ¿qué me contesta á la carta que le tengo escrita desde Murcia haciéndole igual pregunta? En mi ánimo no hay contestación recomendando algún medicamento para combatir aquella enfermedad, porque yo no le he aprendido todavía como único y acreditado en la práctica, por personas que me hayan merecido una gran confianza.

« Decía en un artículo anterior y repito que no hacer nada hasta que el médico disponga lo conveniente, según el período en que se encuentre la enfermedad y según las circunstancias que deban apreciarse. Los ácidos, el carbón, los preparados de hierro soluble que se recomiendan, podrán ser útiles cuando se aclare la causa del cólera, cuál es su naturaleza, en qué medios vive el germen, cuáles le son perjudiciales y cuál mortales; si el mercurio, el ácido fénico, la trementina, los ácidos nítrico, clorhídrico, sulfúrico, etc., etc., destruyen la vitalidad de aquellos seres. Si el calor á tal temperatura es otra causa de destrucción, y si es compatible con la vida del hombre poder sufrir la acción de aquellos agentes, y otras más razones que podría, pero no me parece, añadir.

« Por último, los medios prudentes hasta que el médico pueda disponerlos son todos los que llaman *dinamóforos*, ó sea los que promueven ó sostienen calor, que es el barómetro que mide la vida. Y desde ahora pueden todos disponer desde el agua caliente en infusiones de té, café, tila, manzanilla, solas ó con éter ó cloroformo, aguardiente, vino, preparados de amoníaco; los medios que sostengan el calor y le aumentan por contacto, aplicados al exterior por los diversos aparatos que ordinariamente se usan, desde las botellas con agua caliente, ladrillos, hasta el vapor. Es inútil pero conveniente advertir, para aquellos que no les ocurriese, que deben desde la primera indisposición que sientan meterse en la cama con suficiente abrigo, adietarse, y tomando alguna bebida de las indicadas esperar la prescripción facultativa, que, según su criterio, hará uso de lo que crea necesario. »

El famoso Dr. Koch, de que tanto han hablado los periódicos, es el sostenedor acérrimo de la existencia de los microbios en los cólicos.

Cuando el año pasado fué á Egipto á estudiar el cólera, creyó reconocer en los intestinos de los cólicos un microbio especial característico; mas como de su inoculación á diversos animales no resultaba el cólera, pasó á la India á continuar sus estudios. En Calcuta pudo ya informar á su Gobierno, después de haber realizado numerosos experimentos, que los microbios encontrados en los intestinos y en las deyecciones de los cólicos en Egipto y en Calcuta, además de ser los mismos en ambos países, eran la causa de la enfermedad.

Esta clase de microbios no pueden confundirse con todos los demás que existen en los intestinos: su forma es curvilínea, poseen movimientos propios, y observados con el microscopio se les ve nadar con gran velocidad en todas direcciones. Cultivados en jaleína pura llegan á constituir colonias, que parecen aglomeraciones de polvo de cristal. Se fijan en los intestinos, viviendo en las sustancias alcalinas; los ácidos los matan, como lo prueba el que no pueden vivir en agua ligeramente acidulada.

¹ Sap., cap. X, vers. 2.

Por eso las personas en cuyos estómagos predominan los ácidos, pueden considerarse á cubierto de la enfermedad.

El agua es un medio excelente para transportar de un punto á otro el microbio; en cambio la sequedad le mata con extrema rapidez. Tres horas bastan para darle fin. Así se explica que los vientos no transmitan el cólera, sobre todo á grandes distancias, y así se explica también que las caravanas que atraviesan el desierto no lo hayan transmitido nunca.

De las observaciones anteriores ha deducido el Dr. Koch varias prescripciones higiénicas, que ha resumido en Tolón y Marsella, y que vamos á reproducir someramente.

El médico alemán se preserva personalmente bebiendo agua hervida (después de fría naturalmente), bañándose con agua en las mismas condiciones, comiendo sólo alimentos cocidos y lavándose las manos, después de andar con los coléricos ó con los cadáveres, en una disolución de cloruro mercúrico y agua en la proporción de 1 por 1.000.

Para desinfectar las ropas de los enfermos, los paños que les hayan servido, las deyecciones, etc., el mejor medio es el calor seco. Por eso, de ser posible, no sólo se deben emplear sustancias cocidas para alimentarse, y agua hervida para lavarse, sino que se podría llevar el exceso de precauciones hasta cuidar, por los medios ya dichos, los platos, tazas y cubiertos que se empleen, así como las palanganas que se usen. Recomienda el empleo del ácido fénico como uno de los mejores desinfectantes, y el del láudano para el tratamiento de la enfermedad.

Los médicos franceses, convencidos de la bondad de las ideas sostenidas por el Dr. Koch, recomiendan como medida salvadora y preservativa por excelencia el uso de la estufa.

Después de media hora de exposición al aire seco y caldeado, no hay microbio que no muera, pues todos los gérmenes morbosos perecen á una temperatura elevada. El aire es preferible al vapor, porque el hombre no puede permanecer en un baño de vapor á una temperatura superior á 45 grados, mientras que puede sufrir aire seco á temperaturas superiores á 100 grados. A veces se ha visto á hombres que permanecían quince minutos en hornos caldeados á 130 grados.

Añaden los médicos que, elevando la temperatura de la sangre, se impide el desarrollo de los microbios que hubiesen penetrado en el organismo. Ningún animal de sangre muy caliente, tales como el perro, el caballo, etc., sufre el cólera, porque su temperatura llega ó pasa de los 40°, y en vano se ha ensayado en Egipto y en la India el inocularles la enfermedad.

El medio que hoy recomiendan los profesores mas eminentes de París es, en tiempo de epidemia, darse cinco ó seis días un baño de aire puro caldeado, pues de esta manera perecen los microbios que puedan haberse adherido á la epidermis, y calentándose la sangre los que haya en el organismo.

Los periódicos parisienses piden el establecimiento de gran número de estufas en la capital.

El Dr. A. de Grand Boulogne fué uno de los médicos que más se distinguieron en el conocimiento y en la curación del cólera morbo. Habiendo solicitado del Gobierno imperial pasar á Marsella á ponerse al frente de un hospital de aquella ciudad cuando la epidemia estaba haciendo allí los mayores estragos, el doctor obtuvo dicha autorización, y correspondió tan brillantemente á la confianza de la autoridad que desde el 15 de Julio hasta el 15 de Setiembre de 1865 recibió 941 coléricos en dicho hospital, sin que de ellos sucumbiera ni uno sólo.

Este sorprendente y extraordinario resultado del tratamiento del Dr. A. de Grand Boulogne llamó mucho la atención en Francia, cuyo Gobierno agradeció á su autor con la cruz de la Legión de Honor, ordenando además que se publicase tres veces seguidas el dicho tratamiento en los periódicos de Medicina de la capital. Hélo aquí:

«*Síntomas precursores del cólera, y medio cierto de conocerlos y combatirlos.*— Testigo de catorce epidemias de cólera, me propongo decir sucintamente todo lo que importa saber acerca de las señales precursoras de esta terrible enfermedad.

«Sus causas é íntima naturaleza son totalmente desconocidas, ignorándose asimismo el modo de curarla si, descuidando los primeros signos que la anuncian, se le deja tiempo para desarrollarse con el conjunto característico de sus horribles síntomas.

«Empero si no es dado á la ciencia humana salvar á un colérico cuyas extremidades están ya frías y amoratadas, viscosa la piel, la voz apagada é insensible el pulso, nada es más fácil que curar á un enfermo de esta clase si se practican á tiempo los remedios. La vida, pues, depende de la oportunidad

de éstos, hasta el punto de que en la primera hora del ataque la curación es segura, pero en la cuarta la muerte es casi cierta.

«La mayor parte de las veces los médicos de los hospitales y casas de socorro tienen que curar coléricos de la cuarta hora, lo cual explica el espantoso número de defunciones.

«El mejor servicio que se puede hacer á una población amenazada del cólera, no es tanto el multiplicar los socorros como dar á conocer á cada individuo la manera de curarse á sí propio. Esto es precisamente lo que nos proponemos enseñar con esta breve instrucción.

«Los casos fulminantes son muy poco frecuentes. De veinte, los diecinueve empiezan con una diarrea. En saber distinguir si ésta es ó no colérica estriba la línea de conducta que hay que seguir en tiempo de epidemia, época en que se ha de observar con atención el más significativo flujo de vientre.

«Cuando las evacuaciones son amarillas, verdes ó oscuras, más ó menos ligadas ó consistentes, es una diarrea mucosa ó biliosa que no ofrece peligro, bastando para detenerla beber agua de arroz con goma, ó medio vaso de agua azucarada con algunas gotas de láudano.

«Si, por el contrario, las deposiciones fueren acuosas, parecidas á café con leche muy claro, á cociamiento de arroz con cuajarones ó sin ellos, á agua de fregar, ó bien á té revuelto con unas cuantas gotas de leche, en este caso, sea cual fuere el estado general de la persona, y aunque no experimente dolor ni debilidad, se halla bajo el influjo de la epidemia, esto es, tiene el cólera... ¿Qué se debe hacer? Nada es más fácil, repito, que impedir el desarrollo de la enfermedad.

«Para conseguirlo se prepara inmediatamente una abundante infusión de menta sazónada con pimienta, y se bebe, cada cuarto de hora, media taza muy caliente y convenientemente azucarada, añadiéndole dos cucharadas regulares de ron ó coñac viejo, y veinte gotas de extracto de canela. En seguida, si el enfermo se siente con fuerzas para ello, deberá pasarse aprisa, procurando con un ejercicio violento llamar el sudor; pero si estuviese débil y abatido, se acostará, administrándosele un ayuda compuesta de medio vaso de agua fresca y una cucharadita de éter sulfúrico. Se abrigará bien como para sudar, y seguirá tomando cada cuarto de hora la citada infusión hasta que las deposiciones hayan desaparecido, resultado que, en la mayoría de los casos, se consigue en menos de tres horas.

«Caso de que esta bebida produjere al enfermo un principio de embriaguez, no hay que alarmarse por ello; ántes al contrario, pues indica que el paciente está fuera de peligro.

«Si le sobrevinieren vómitos, se deja la infusión y se le da á beber, cada cuarto de hora, una copita de coñac viejo. Si el enfermo tuviere sed, tomará buchadas de agua de Seltz ó bien pedacitos de hielo, que dejará derretir en la boca.

«Los vómitos exigen además la aplicación de anchos sinapismos en el estómago y el vientre, no quitándolos hasta que la piel empieza á rojear y el enfermo á sentir un vivo escozor.

«Con el uso de estos medicamentos por demás sencillos, y que están al alcance de todo el mundo, se combaten fácilmente los primeros síntomas de la enfermedad.

«En cuanto á los fenómenos característicos del período algido, no es fácil exponer en pocas palabras un buen plan curativo, en razón á que los casos varían y las medicinas también. Sin embargo, se pueden, poco más ó menos, obtener con seguridad felices resultados por medio de bebidas ó infusiones aromáticas alcoholizadas, ayudadas de agua fresca con bastante éter sulfúrico, fricciones con bayeta bien enjuta, ó bien con extracto de alcanfor, de espliego, etc., y empleando el calor artificial; en una palabra, valiéndose de cuanto pueda reanimar la circulación de la sangre y castigar el sistema nervioso.

«Tan pronto como el enfermo éntre en convalecencia se procurará darle algún alimento, empezando por caldos muy descargados, continuando con sopa, pudiendo dársele á las veinticuatro horas alimentos más sustanciosos, cuidando, empero, de no sobrecargarle el estómago.

«Mientras durare la epidemia en nada deberá alterarse el régimen de vida á que esté uno habituado, con tal que no se oponga á una buena higiene. Es evidente que ha de evitarse más que nunca toda clase de excesos. La fruta puede comerse, pero con moderación. Los hombres harán bien en tomar después de la comida una copita de licor, y las mujeres una infusión de menta por la noche, precedidas de ocho gotas de éter en un terrón de azúcar. — Doctor A. de Grand Boulogne.»

Hé aquí ahora las instrucciones del servicio mé-

dico del ministerio del Interior sobre las precauciones que deben tomarse durante la existencia de la epidemia; estas instrucciones van firmadas por el Dr. Danet:

«No atacando nunca el cólera súbitamente, por más que se os diga en contrario, y anunciándose siempre con algunos días de antelación por la aparición de síntomas fáciles de combatir por los medios más sencillos, hemos creído que sería útil dar á los señores empleados los avisos siguientes:

«1.º Se tomará por mañana y tarde una copa de vino ordinario, en el que se pondrán en infusión, por espacio de algunas horas, 30 gramos de *cuasia amara* (palo de Surinán) por cada litro; la infusión se hará en vino frío.

«2.º No alterar en nada su régimen habitual, pero sí abstenerse de helados y de bebidas heladas, cerveza, etc.

«3.º Las mejores bebidas son el café diluído en agua y sazónado con unas gotas de aguardiente, y la limonada.

«4.º No velar; abstenerse de toda bebida ó medicamento irritante, panaceas anticoléricas, té con ron, etc., que causan inflamaciones graves á los que las toman para no caer enfermos.

«5.º Si se siente uno indisposto teniendo entorpecidas las vías digestivas, la cabeza pesada; si se experimentan dolores en los miembros, etc., recurrir á una ligera purga salina; catorce gramos de sulfato de sosa en una taza de infusión de manzanilla fina.

«6.º Si se tiene diarrea, cortarla inmediatamente tomando una lavativa, en la que se echarán seis gotas de láudano, mezclando además una cucharadita de almidón. Observar una dieta rigurosa, llevar el vientre cubierto con una franela y procurar sudar en la cama.

«Estamos convencidos de que todo ataque de cólera desaparecerá ante estos medios sencillos; y si no, recurrir al médico sin dilación.»

Por último, hé aquí el tratamiento homeopático.

La homeopatía aconseja como preservativo del cólera morbo el *veratrum album* de la sexta dilución preparación decimal.

Conviene que se use este medicamento homeopático desde los primeros momentos en que se presente la epidemia en la localidad. Cada tres días tomarán, por la mañana en ayunas, una hora antes del desayuno, los niños menores de tres años, un glóbulo, los párvulos dos, y los adultos tres glóbulos del expresado medicamento *veratrum album*, disueltos en una cucharada de agua pura, cuidando además de observar un severo régimen higiénico, absteniéndose de comer sustancias de difícil digestión y de excederse en las comidas, así como también de alimentarse deficientemente.

Se continuará con el preservativo hasta que la epidemia desaparezca completamente, lo cual es bien fácil de practicar, no sólo á las personas mayores, sino que también á los niños pequeños.

CUÁL DEBE SER LA ACCIÓN DE LA IGLESIA

EN LA SITUACIÓN ACTUAL DE LAS CLASES OBRERAS

Y CUÁLES SON LOS DEBERES DE LAS CLASES ELEVADAS

Discurso pronunciado por Mons. Mermillod en la iglesia de Santa Clotilde.

(Conclusión.)



ESTABA yo, pronto hará cuatro años, en este mismo sitio, y en presencia, como hoy, de un inmenso y simpático auditorio, defendiendo una tan grande como noble causa, la de la infortunada Irlanda, que se revolvía en las angustias del hambre y la desesperación; nación que Dios ofrece en espectáculo al mundo moderno para indicar cómo un clero católico, empobrecido y despojado tres siglos hace, puede aún mostrarse como el salvador de Inglaterra, á pesar de su desdén, deteniendo en el umbral de sus palacios, por la sola invocación de la Religión y de la patria, la revolución más imponente.

Al escuchar las desgracias de aquel país contristábase las almas generosas, y las manos caritativas se abrían para depositar su limosna cuando un pobre obrero, perdido, por decirlo así, entre la elegante multitud, y tal vez sin un pedazo de pan con que alimentarse aquel día, se desprende de su reloj y le arroja en la bolsa de una de vuestras brillantes limosneras, pronunciando estas heroicas palabras: «¿Para qué necesito yo saber la hora que es cuando un pueblo se muere de hambre?»

Tal es, mis queridos hermanos, el grito del obrero. Cuando un pueblo se muere de hambre, no sólo

da para él lo que le es superfluo, sino hasta lo que es necesario.

Os citaré otro hecho, cuyo recuerdo me conmueve aún. Era, hace veinte años, el 24 de Febrero de 1848. El pueblo de París, sublevado, recorría las calles buscando objetos que derribar, cuando de repente, en medio de tan general desolación, un obrero encuentra la figura de Cristo en la Cruz.

La coge inmediatamente, y levantándola por encima de su cabeza, exclama: «¡Gloria á Este, que es nuestro Maestro!» Y conmovida la muchedumbre, en medio de su agitación y de su cólera revolucionaria, sigue al obrero y lleva el Crucifijo á Nuestra Señora.

En aquel instante me pareció que bajo las bóvedas de esta antigua basílica, invadida por las oleadas de un pueblo en revolución, se firmaba un gran Concordato entre Jesucristo y los obreros.

Creedme, mis queridos hermanos: que cuando el obrero sienta un dolor, encuentre á Jesús, y Jesús será su consuelo.

Y bien, vuelvo á repetir: entre las clases elevadas y las trabajadoras hay errores y desconfianzas, y no conviene acrecentarlos, sino disiparlos. Es necesario rebajar las montañas, allanar los valles y salvar los abismos por medio del amor.

El primer deber, pues, de dichas altas clases es aceptar la situación tal como se presenta, y mirarla en toda su realidad, estudiándola francamente con ayuda de las ideas cristianas, esto es, aceptando legal y completamente el cristianismo.

Nuestra Religión, que ha borrado la injusta distinción del esclavo y del hombre libre, ha dicho á los hijos de Adán: «Vosotros sois todos iguales ante Dios, iguales en dignidad, iguales en la sangre redentora con que todos fuimos rociados.» «No hay judíos ni griegos, dice San Pablo, porque todos sois unos en Jesucristo.»

Nuestro divino Salvador dió nueva base á la doctrina social, diciendo al hombre: «Tú serás hijo de tus obras. Tú serás de Dios, de tí mismo; esto es, de tus acciones.» Ved aquí la doctrina que ha fundado la independencia, la nobleza del trabajo y la dignidad del obrero.

Hay algunos que de un modo inexplicable han desconocido esta verdad. ¿No habéis oído repetir en los salones de Europa la tan famosa como ridícula frase: *El hombre comienza en el barón?*

Ciertamente que no han de menospreciarse las nobles tradiciones de un pasado ilustre, ni las gloriosas genealogías que brillan en la historia; pero todos debemos á la humanidad el testimonio desprendido de los labios y del corazón de Cristo, de que ella es hija de Dios, de que todos descendemos de Adán y podemos aspirar á un mismo cielo. Estos pensamientos evangélicos consuelan al pueblo y le protegen, porque sólo ellos son capaces de revelar el secreto de la fuerza y de la resignación.

Lo que ha de salvarnos no es un cristianismo débil y enervado, sino serio y vivo, encarnado en las virtudes que más de cerca se relacionan con el pueblo y le inspiran el vigor, de donde nacen su dignidad y su alegría. Tened fe inviolable en el Evangelio, porque ante todo es preciso que las clases superiores marchen á la cabeza de la humanidad, sirviendo de ejemplo á aquellos á quienes quieren y deben guiar. ¿Qué influencia ni autoridad podrán ejercer sobre el pueblo si no obran mejor que él? ¿Cómo enseñarles el camino derecho si siguen torcidos senderos? ¿Con qué autoridad han de aconsejarle el trabajo y la economía si pasan su vida en el despilfarro y la inacción? ¿Se atreverán á reprenderle porque huelga el lunes, si ellas no hacen nada en toda la semana? Antes de acusarle de que se entregue á la prensa vulgar, es preciso que ellos abandonen la pernicioso literatura que enerva sus espíritus. ¿Cómo prohibirle que aplauda á las cantantes populares, si éstas son aplaudidas en los grandes salones? ¿Cómo condenar sus diversiones públicas, mientras personas de posición acuden á los teatros á admirar la impudicia en toda su salvaje desnudez? No tienen derecho á acriminar al obrero de que se envilece y arruina en las tabernas los que en elegantes gabinetes sacrifican en una noche la honra de su familia y la fortuna de sus padres.

En presencia de estas costumbres modernas que ostentan á los ojos de todos, ¿qué queréis que hagamos nosotros, los apóstoles de la santa palabra? ¿Podemos ser cómplices del rebajamiento de esta sociedad, puesto que no nos es permitido tener dos doctrinas, la una para proteger la hipocresía de la falsa devoción, la otra para bendecir la cadena del pobre?

El Evangelio no es en nuestras manos un simple misal de la Edad Media, ni un discurso de tribuna. Es la luz universal, el sol que ilumina la mata de hierba y el cedro del Líbano: la eterna verdad que repite al rico sus deberes y al pobre sus grandezas.

Aprended á conocerlos y á amarlos. Que el amor cristiano eche por tierra las falsas ideas de los unos y la bárbara repugnancia de los otros.

El Evangelio os dirá *que sois hermanos*, absolutamente semejantes, absolutamente iguales, sin que haya virtud, vicio ó derecho que no os sea común. Todos, sin excepción, estáis sometidos á esta gran ley del trabajo que yo he proclamado, y que vosotros, los ricos, podéis rehuir menos que nadie, porque también habéis recibido vuestro salario; salario que, como decía un piadoso Obispo, *cobrásteis adelantado*.

Salgamos al encuentro del obrero con verdadero cariño cristiano, como nuestro igual que es ante Dios, para ayudarle sin humillarle; dirijámonos á él con franqueza y cordialidad; mostrémosle, en una palabra, el Evangelio en acción, y pronto desaparecerá su prevención hacia nosotros y su corazón será nuestro. El corazón es omnipotente en él, porque, en general, ha conservado sus virtudes.

Si, mientras otros lo olvidaron, él las rinde fervoroso culto, ora dando con frecuencia lo necesario cuando nosotros apenas damos lo superfluo, ora adoptando al huérfano extraño, ora cuidando asiduamente al vecino enfermo, ora prestando sumas cuya restitución es insegura.

Buscadle en los retirados barrios donde sus sufrimientos se ocultan á vuestra vista; enviadle vuestros hijos con la investidura de San Vicente de Paul, y vuestras hijas bajo el manto de la Hermana de la Caridad; y no sólo habréis cumplido con vuestros deberes de padres enseñando á los que han de heredar vuestro nombre y bienes de fortuna las miserias de esta vida, sino que habréis enviado al pueblo misioneros de paz que le aplaquen y civilizen.

¿No venció Cristo demostrando la fraternidad por el sacrificio? Pues vosotros, que os tenéis por solidarios de la Religión y de la Iglesia, seguid el camino del Evangelio, y habréis hecho más en pro de la conciliación de los espíritus que con la demostración irrefutable de la fraternidad del capital y del trabajo, la cual, por verdadera que sea, encuentra no pocos incrédulos.

Las almas elevadas que anhelan ver la consolidación de la libertad en las instituciones no deben olvidar más tiempo que la seguridad es la primera condición de tal progreso.

Aunque consiguierais esto, no por eso os atraeríais á las masas que viven de su trabajo, y que, no habiéndolos encontrado en su camino, sin duda os continuarán mirando con cierta prevención. Es necesario que os dirijáis á los jóvenes, que, ávidos de ciencia y de progreso, entran en la vida exentos de las preocupaciones de las generaciones que les precedieron. Multiplicadles los buenos libros, instruídles, sed sus iniciadores en todas las nuevas combinaciones del trabajo y del crédito. Instruídlos también vosotros á fin de que, apenas nazca un sofisma, sea inmediatamente refutado.

¿Será entonces posible que en el libre campo de la discusión la verdad, armada de la ciencia y de la abnegación, sea vencida por el error? Seguramente que no; pero á condición de no limitar su acción al estrecho círculo de los negocios personales, al amparo de esta triste máxima: «Cada cual para sí, y Dios y el Estado para todos.» Un cristiano no tiene derecho á desentenderse de la salvación de sus hermanos, ni de la sociedad en cuyo seno vive.

¿Qué hacer, pues, para mejorar la conciencia y el espíritu de las nuevas generaciones? ¿Qué es lo que pasa? — El niño es recibido primero por el asilo, después por la escuela. Viene en seguida la primera comunión para aquellos que aun tienen la costumbre de hacerla. A los trece años el adolescente se convierte en aprendiz, entrando en un taller, y pasando, para amañarse en un oficio, tres ó cuatro años de tiempo y angustia. ¡Ah! Yo os pregunto: ¿hay figura más simpática y atractiva que la de la pobre criatura que se lanza tan joven á las rudas faenas del trabajo? En París, la Sociedad de San Vicente de Paul, la de Aprendices, dirigida por hermanos católicos, y muchas otras más, poseen casas en las que se ha organizado una inteligente y afectuosa protección en provecho de estos niños. Allí son admitidos el domingo y el jueves; proporcionánseles diversiones honestas y medios de instrucción, y hasta se les defiende, caso de necesidad, contra el amo, á veces duro y demasiado exigente. Todo esto está bien, aunque no es todavía lo suficiente.

Pero transformado el adolescente, en obrero, y no respondiendo á sus necesidades la casa de los Aprendices, conviértese en ella en extraño, abriéndose á sus ojos, en la costosa empresa de su elevación moral y material, deplorable laguna, para cegar la cual nosotros venimos á ofrecer nuestra ayuda. Dueño de un salario el joven, y entregado á sí propio, entra en el torbellino; y apoderados de él el despilfarro y el desorden, ¡adiós las buenas costumbres que le

hubieran abierto el camino del bienestar y de la dicha!

¿Ni qué vale que á este Océano llamado París llegue un hijo de la aldea adornado de todas las virtudes? El infeliz, falto de experiencia, delante de todas las seducciones del lujo y de todas las tentaciones de la necesidad, sólo en la multitud, y alejado de las ternuras del hogar doméstico, será bien pronto presa de groseros placeres, cuando no de terribles conspiraciones.

Para evitar tales inconvenientes, hombres de fe y de corazón han preparado á estos jóvenes, en un Círculo cristianamente organizado, las dulzuras de la amistad y los goces de la inteligencia, á la par que las previsoras combinaciones de la economía moderna; en una palabra: todo lo que puede aportar, con el mayor bienestar, el más fragante perfume de la familia y la más dulce esperanza del cielo.

Yo os suplico, ricos y poderosos del mundo, que os fijéis en esta obra que acaba de realizar en París el obrero cristiano, y que le demostréis vuestras simpatías por tan generoso pensamiento, en nombre de Jesucristo y en el de la sociedad, pues que la salvación social no es otra cosa que un aumento del reino de Dios.

La Iglesia tiene derecho á reclamar vuestro concurso. La Esposa de Cristo, que bautizó á los pueblos bárbaros y fundó las sociedades de la Edad Media, se apresta á una obra fecunda en los tiempos presentes. El anciano agosto del Vaticano va bien pronto á ver alrededor de su sagrada Cátedra el Episcopado del mundo, estudiando con él vuestras agitaciones actuales, vuestras crisis y luchas modernas. Con la verdad evangélica en la mano y la ternura de Jesucristo en el corazón, nos dirigiremos al pueblo, á los humildes y pequeños; les conduciremos al pie de la Cruz y del Tabernáculo; y allí, ayudados por vosotros, sostenidos por vuestros sacrificios y creencias, levantaremos el edificio del porvenir en la seguridad de que, según una bella frase, llevando anclas é inflando velas, la nave de la Iglesia pasará al través de los escollos, llevando sobre las espumosas ondas de la sociedad en peligro la fe antigua y la civilización nueva en la fraternal reconciliación de la fortuna y del trabajo, del obrero y del rico cristiano.

LAS BODAS DE ORO

DE LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL
EN LA HABANA

(Continuación.)



respecto al trabajador, oigamos al autor de la *Politica*, al gran Aristóteles, al hombre que por su talento, por sus luces, y hasta por la clase de estudios á que dedicó su afición, debiera haber conocido mejor que nadie el valor social y los tesoros de moralidad que lleva en sí el honrado trabajo. ¿Y qué advertimos? Horror y rubor causa el oírlo. Repudia el trabajo como cosa propia de esclavos, niega al jornalero el nombre de ciudadano, y asienta como cierto que la naturaleza ha creado *cierta especie de hombres* para que trabajen en beneficio de los demás. ¿Qué mucho que, bebiendo en tales fuentes, haya llegado Cicerón hasta negar al obrero la honradez, y Demóstenes á concedérsela con mayor afrenta, es decir, como una rara excepción? Pues ¿qué diré de los abusos que en estas sociedades se autorizaban de parte de las clases elevadas contra el esclavo, el menesteroso y el proletario? ¿Qué de las leyes inicuas que prohibían sus matrimonios, autorizaban el aborto y el infanticidio, apoyadas en la imposibilidad en que se hallaba el pobre para sustentar larga familia? ¡Ah! ¡En vano, oh sabio Autor de la Naturaleza, creaste al hombre con tendencia hermano hacia sus semejantes! ¡En vano le inspiraste una inclinación de amor hacia los que con él son partícipes de una misma naturaleza! Al olvidarse el hombre de su Criador, no es mucho que olvide á sus cocriaturas, y sustituya esa noble tendencia con un egoísmo glacial. — La sociedad antigua no resolvió el problema.

Pero al fin vino al mundo la Luz, Cristo nuestro Señor, y sus primeros resplandores fueron para honrar la pobreza, naciendo pobre y oscurecido; para ennoblecer el trabajo, viviendo como artesano; proclamando los fueros y derechos de la desgracia predicando: «Bienaventurados los pobres de espíritu;» ó constituyéndose centro de refugio de todos los que sufren; «Venid á mí todos los que trabajáis y lleváis la carga del sufrimiento, y yo os recrearé.» ¿Qué extraño que al impulso de la divina fuerza de esa voz vivificadora volviese el mundo á lo que

siempre debió haber sido, reconociese sus propios instintos, y á la sombra del Cristianismo, perfectivo de la naturaleza, fructificase esa Caridad divina, su emblema sublime, de una manera tan rápida como enérgica?

Desde los primeros momentos del Cristianismo, desde el punto mismo en que el espíritu de Cristo inflamó los corazones de sus fieles en esta celestial virtud, ya no hubo entre ellos griego ni escita, libre ni esclavo, pobre ni rico. El bello ideal que hubiera fascinado la mente más atrevida, y que en vano soñaron modernos utopistas, se realizó como por ensalmo levantada que fué sobre la robusta base del amor divino esa sociedad de verdaderos hermanos, en la que llegaron bien pronto á desconocerse por completo la voces *tuyo y mío*. Los fieles deponían á los pies de los Apóstoles sus haberes, y así los nobles como los plebeyos fraternizaban en una misma mesa, participando todos, como de un mismo pan, así de las mismas privaciones y penas, bien que siéndoles igualmente comunes las mismas alegrías.

Cierto que este estado de cosas tenía que dejar de subsistir cuando la Iglesia creciese y se hubiese de extender de uno á otro polo. Mas si caducó la forma perseveró el espíritu que le animaba, que creció y se dilató con ella á todos los lugares adonde se extendían sus conquistas, transformándose en múltiples instituciones, propias á satisfacer tan multiplicadas necesidades.

A más del testimonio del libro de los Hechos de los Apóstoles, en que San Lucas nos declara estas maravillas, tenemos documentos históricos que alcanzan al siglo II y que demuestran hasta la evidencia los logrados afanes de la Iglesia en la resolución de este problema, así en cuanto á su extensión, como á su comprensión. En el siglo II ya aparecen levantados por la Iglesia asilos para los huérfanos (*orphanotrophia*)¹, hospitales para los enfermos, (*nosocomia*)², hospicios para las viudas (*terotrophia*)³. Desde el III aparece Roma dividida en diaconías para la fácil distribución de los socorros á los menesterosos. En el III y IV hubo Melanías que vendiesen su pingüe patrimonio para alimentar á los desvalidos, y Paulas, Fabiolas y Placilas que tomasen el cuidado de los enfermos para curarlos por supropia mano⁴. San Basilio el Magno construyó en Cesarea el más amplio quizá de todos los asilos de caridad que hubo en el mundo. Era, dice el mismo (Ep. 150), semejante á una ciudad: tenía grandes y ventiladas salas para los enfermos, alojamiento para los transeúntes ó peregrinos, y talleres de todos los oficios para los que estaban hábiles para el trabajo. Y San Gregorio Nacianceno (Orat. 14) nos da á conocer por este mismo tiempo la fundación por la Iglesia de los primeros hospitales de leprosos.

Hay más. La Iglesia adoptó por hijos suyos á los niños expósitos, y los monasterios, en toda la Edad Media y moderna, dieron asilo, educación y letras á los huérfanos desheredados de fortuna. San Ambrosio refiere haber vendido los vasos sagrados para redimir los prisioneros de guerra, y alentaba en sus exhortaciones á los fieles á que dejaran en sus testamentos alguna piadosa manda para los amigos

de Cristo. San Juan Crisóstomo llegó á inventar exquisitas industrias para aumentar el patrimonio de los pobres, tales como la de persuadir á sus diocesanos de Constantinopla á que cada uno en su casa erigiese una alcancía, cuyo producto semanal engrosase las colectas que cada domingo se hacían en la iglesia. En fin, no hubo necesidad alguna que no hallase en ella su remedio. Y no de esa manera baja y denigrante con que se hace la beneficencia de oficio, sino de esa manera digna, amorosa, delicada, que, lejos de humillar al pobre, toma una parte activa en sus quebrantos y le obliga á estrechar con efusiva ternura la mano que le socorre, bendiciendo al Señor y levantando al cielo agradecido y obligado un corazón que tal vez, en medio de los rigores de la prueba, había blasfemado.

este no quede muy apretado á fin de que no dificulte el paso de las raíces que se desarrollen. La estaca se procura tenga el mayor número posible de yemas, por las cuales se originan las raicillas al ser enterrada, y esta operación se efectúa en tierra de buena clase recubierta por una capa de musgo y bien regada. Cuando la planta ha arraigado, se transplanta con todo el cepellón, sin quitarle la cubierta de musgo que la rodee, y de este modo el vegetal se desarrolla con gran vigor y lozanía, sirviéndole el musgo de abono. Las vides así creadas anticipan la época de la primera fructificación.

Ensayo de la cola.—Un procedimiento sencillo para ensayar la cola, consiste en colocar un trozo en agua, cuya temperatura no sea superior á 10° centígrados, y dejarlo así durante un día. La materia colorante que contuviera la cola se disuelve, y la cola se hincha por la absorción del agua, siendo ésta en mayor cantidad cuanto mejor sea la cola.

Un nuevo elemento motor.

En Nueva York parece ser que se están verificando ensayos con el vapor del bisulfuro de carbono en sustitución al que ocasiona el agua en los motores de vapor ordinarios.

El bisulfuro de carbón entra en ebullición á una temperatura más baja que el agua, y su vapor tiene una fuerza expansiva muy superior al de ésta, accionando con más rapidez y energía.

Los últimos experimentos demuestran que los vapores de bisulfuro de carbono á 230° tienen una extensión doce veces mayor que los del agua á igual temperatura.

Pozos tubulares.—Para reconocer con poco gasto la existencia de manantiales subterráneos, es sencillo el procedimiento de introducir en el terreno un tubo de hierro terminado en su parte inferior en forma de cono, con agujeros en dicha porción y en la cilíndrica que le precede. Al penetrar el tubo por una capa permeable con agua, penetra éste en su interior, y por medio de un bastón que se introduce en el interior del tubo se acusa la presencia de agua cuando aquél se retira mojado. Se pueden ir ensamblando unos tubos á continuación de otros hasta llegar á la profundidad conveniente. Luego, por medio de una bomba cuyo tubo de aspiración se introduce por el tubo de hierro mencionado, se extrae el agua para los fines que se deseen satisfacer.

Pasta para el hectógrafo.

Entre las numerosas fórmulas de pastas para el útil aparato llamado hectógrafo, la más servible es la que recomienda *La Nature*, que sirve para sacar de 100 á 120 ejemplares.

Jaletina.....	12 gramos.
Glicerina del comercio.....	100 —
Agua común.....	35 —

Se calienta á fuego lento el agua, añadiendo pequeñas cantidades de jaletina cortada en pedacitos, y cuando esté completamente disuelta se vierte la glicerina, moviéndola sin cesar durante algunos minutos para mudar bien la masa, y hecho esto se vierte el todo en un recipiente, que ha de estar frío.



RUÍNAS DE BABILONIA.

Así continuó la Iglesia muchos siglos su obra de civilización verdadera. Por muchos siglos esparció en el mundo su luz y su calor, sin que nube alguna enturbiase sus puros horizontes, á pesar de que el infierno suscitó en todos tiempos la avaricia de los grandes, las pasiones tumultuosas de los pueblos mal guiados, y lo que es peor, el furor de las herejías, para que, infamándola con la calumnia y despojándola con sus rapiñas, perdiese juntamente con su prestigio los medios de hacer el bien.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Plantaciones.—Da muy buen resultado para las plantaciones de sarmientos el método seguido por Delhomme, que consiste en recubrir la parte de la estaca que se entierra con musgo, procurando que

¹ Corp. Jur. I. t. 3.º

² S. Agust.

³ Sozomeno, *Hist. eccl.*, V, 15.

⁴ S. Jerónimo, Ep. 108.

⁵ *De off.*, II.